

*Caja de los libros
Caja 92.00 1951*

DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

EL DÍA 29 DE ABRIL DE 1883



MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
calle de la Flor Baja, 22

—
1883



DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

EL DÍA 29 DE ABRIL DE 1883



MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
calle de la Flor Baja, 22

—
1883

DISCURSO

DE

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

APPENDIX

CONTENTS OF VOLUME 1

1. The History of the United States	1
2. The Constitution of the United States	15
3. The Federal Government	35
4. The State Governments	55
5. The Local Governments	75
6. The Judiciary	95
7. The Executive Branch	115
8. The Legislative Branch	135
9. The Department of State	155
10. The Department of the Interior	175
11. The Department of Agriculture	195
12. The Department of Commerce	215
13. The Department of Education	235
14. The Department of Health and Human Services	255
15. The Department of Housing and Urban Development	275
16. The Department of Labor	295
17. The Department of Defense	315
18. The Department of Energy	335
19. The Department of Justice	355
20. The Department of Transportation	375
21. The Department of Veterans Affairs	395
22. The Department of the Treasury	415
23. The Department of the Environment	435
24. The Department of the Navy	455
25. The Department of the Army	475
26. The Department of the Air Force	495
27. The Department of the Marine Corps	515
28. The Department of the Coast Guard	535
29. The Department of the Space Force	555
30. The Department of the National Security Agency	575
31. The Department of the National Intelligence Community	595
32. The Department of the National Security Council	615
33. The Department of the National Security Council Staff	635
34. The Department of the National Security Council Secretariat	655
35. The Department of the National Security Council Intelligence Staff	675
36. The Department of the National Security Council Policy Staff	695
37. The Department of the National Security Council Planning Staff	715
38. The Department of the National Security Council Operations Staff	735
39. The Department of the National Security Council Communications Staff	755
40. The Department of the National Security Council Legal Staff	775
41. The Department of the National Security Council Economic Staff	795
42. The Department of the National Security Council Environmental Staff	815
43. The Department of the National Security Council Health and Human Resources Staff	835
44. The Department of the National Security Council Education and Public Affairs Staff	855
45. The Department of the National Security Council International Security Staff	875
46. The Department of the National Security Council Arms Control and International Security Staff	895

SEÑORES ACADÉMICOS:

Nunca admiré tanto como ahora la profunda sabiduría de aquel filósofo de la antigüedad, que imponía el tributo de un largo y religioso silencio á los recién iniciados en los misterios de su Escuela. Obligar al que conmovido y ab-sorto traspasa por primera vez estos umbrales, á usar del magisterio de la palabra, cuando, penetrado su espíritu de la más sincera humildad, reclama ansioso el más solemne recogimiento, sería insigne inhumanidad, si no fuese honra manifiesta; y de mí sé deciros que jamás embargó mi ánimo tanta confusión como en estos instantes en que, llamado á justificar vuestra elección, temo dar irrecusable testimonio de vuestro yerro.

Porque, á la verdad, hay cosas en la vida en que se cree y en que se espera, pero que, cuando suena la hora de su realización, sorprenden de tal modo, como si el ánimo no hubiera tenido noticia de ellas jamás.

Tal acontece con las grandes honras, y al verme hoy entre vosotros, reproducese en mí el asombro de aquel salvaje, creación portentosa de nuestras letras, arrancado de

un golpe á la miseria de sus pieles y á los horrores de su caverna, para ser transportado, como en sueños, á las suntuosas magnificencias de un palacio, donde su creciente estupor sólo le permite prorumpir en aquella famosa serie de exclamaciones que tantas veces han resonado sobre las tablas de nuestra escena, con el aplauso que acompañará, mientras dure el arte español, los sublimes conceptos de *La Vida es sueño*.

Y no me negaréis, Señores, la exactitud de la comparación, porque si la llevara adelante sin jactancia, como sin modestia, hallaría completa la semejanza de Segismundo hoy conmigo; pues si la rudeza de su condición sólo es comparable con la de mi espíritu, y las galas de mi lenguaje con las de sus toscas vestiduras, sólo puede hallarse explicación á nuestro inesperado encumbramiento (permitidme esta legítima vanidad) en los derechos de la sangre.

Porque por notoria que fuese mi indignidad, por personales é intransmisibles que sean los méritos literarios, no en vano descansa sobre la naturaleza misma del hombre ese principio fundamental de las sociedades que se llama *Herencia*; y aunque, por no haber sabido cumplir con las obligaciones de mi nombre, pudiera considerarme como desheredado, y aunque el principio electivo sea la ley suprema de vuestra constitución, no creo que nadie en el mundo pudiera privarme con justicia de que, aun alejado de ella por mi culpa, considerase, con tanto orgullo filial como vergüenza propia, esta Academia como la casa solariega de mis mayores.

Eso fué lo que me animó á solicitar vuestra benevolencia, impulsándome á llamar á las puertas de este recinto, no con el acento imperioso del conquistador, ni con la re-

posada voz del derecho, sino con la humilde súplica del huérfano menesteroso, que no implora la hospitalidad del alcázar para compartir el solio con su señor, sino para guarecer su desnudez del frío, calentándose á la opulenta llama del hogar, y recoger las migajas del festín, para acallar el hambre de su inteligencia.

Así lo comprendisteis vosotros al elegirme. No alcanza otra razonable explicación aquella caritativa unanimidad, y ante la urna en que depositasteis vuestros sufragios, como en todos los trances solemnes de mi vida, surgió, para ampararme con su memoria, la sombra venerable de aquel que, sin dejar la presencia de Dios, donde goza el premio de sus virtudes, me precede en el áspero sendero de la existencia, abriéndome paso con el brazo invisible de su prestigio y realizándome con la brillante aureola de su recuerdo.

¡Que sea su nombre bajo estas bóvedas para mí estímulo creciente á la perfección y al merecimiento, como fué para vosotros irresistible conjuro que me franqueó como mágico talismán las puertas de este templo, y ojalá que fuera más propicia esta ocasión que para la tristeza, para el regocijo, que yo vencería mi confusión y mi pena, consolándome con que todo cuanto de menos se eche en mí para tomar asiento entre vosotros, conviértese en homenaje al renombre del que ni ha muerto ni morirá en los fastos de la Real Academia Española!

Pero es ley inflexible del destino que las puertas del alcázar de la inmortalidad sólo puedan abrirse por la descarnada mano de la muerte: y como enseñanza provechosa á los desvanecimientos del espíritu; como para recordarnos en la hora misma del triunfo la nada de la vida, la sabidu-

ría providente de vuestros Estatutos dispone que, al ofrecerse á la absorta mirada del que por primera vez atraviesa vuestros umbrales el seno de vuestras grandezas y esplendores, se encuentren ante todo sus ojos con una tumba, y sean las primeras palabras que su pluma trace en este recinto, un epitafio.

Breve debiera ser el que mi diestra trazase sobre el sepulcro del Conde de Guendulain, si es condición precisa de los epitafios abreviar las palabras á medida de lo que aumenta la grandeza de las virtudes que conmemoran. El cristiano que, en el largo y accidentado curso de lo que va de este siglo de negaciones y de dudas, dió testimonio firme y constante de su fe con su palabra y con sus obras; el vasallo que, en dos guerras civiles y en una larga serie de revoluciones y trastornos, guardó á sus Monarcas inquebrantable lealtad, á prueba de emigraciones, confiscaciones y cadalsos; el patricio que, ya Diputado foral del antiguo Reino de Navarra, ya Procurador de la Nación, ya Senador del Reino, ya Consejero de la Corona, dedicó desinteresadamente su vida al servicio de su país; el noble que, en la edad democrática que atravesamos, supo hacerse perdonar los timbres de su alcurnia, llevando al mismo tiempo con dignidad la Grandeza de España sobre sus hombros; el Académico que, antes de penetrar en este recinto por vuestra elección, lo tomó por asalto con sus propias fuerzas, arrancándoos premios coronados de aplausos, que sin saber su nombre le otorgasteis, no ha menester las largas disertaciones que necesitan otros para extraer y poner de relieve, sobre el fondo oscuro y vulgar de una vida común, sus títulos ignorados. Basta nombrarle, para decir todo lo que

fué. El que quiera aquilatar las dotes de su inspiración como poeta, lea lo que dijeron de él Lista y Quintana, sus maestros, y Donoso Cortés, por él vencido en literaria justa; saboree las bellezas clásicas que encierra *El Cerco de Zamora* y las románticas que hermocean *El Príncipe de Viana*; estudie su poema *Inés ó las guerras civiles de Navarra*, *El Trono y el pueblo*, *El Guerrillero* y otras diversas poesías, algunas de las cuales merecieron el desusado honor de formar, vertidas á todos los idiomas extranjeros, parte del caudal literario, patrimonio común de la Europa culta. El que quiera estudiarle como político, lea sus discursos en el Parlamento, en que siempre defendió con entereza la santidad de la Religión, los venerandos fueros de su país, la majestad del Trono de su Rey y las libertades de su Patria. El que prefiera conocerlo como hombre, que trepe por las fértiles montañas de Navarra, que penetre en su desolado hogar, y á la sombra de las vetustas torres blasonadas de su solar nobiliario, interroque á los amigos, y á los deudos, y á los servidores, y á los pobres, por la memoria del venerable padre de familias, del señor patriarcal, del anciano de ochenta y dos años que acaba de bajar al sepulcro, y las lágrimas en todos los ojos le dirán, mejor que pudiera hacerlo yo, quién era D. Joaquín Ignacio de Menicos y Manso de Zúñiga, Barón de Biguezal y Conde de Guendulain.

En cuanto á mí, tocaba ya en el ocaso de su vida cuando estreché por primera vez su mano. Era el momento crítico y solemne en que, dado felice fin á la última revolución española, se iba á decidir de los futuros destinos de la Patria, puestos acaso por última vez en manos de la Monarquía le-

gítima y constitucional. Con ser él veterano de cien combates y yo recluta en la política española, hallámonos juntos, peleando á la sombra de la misma bandera, en aquellos días; y más de una vez, al contemplar su firme adhesión á sus eternos ideales, la caballeridad de sus sentimientos, la cortesanía de su trato, la clara luz de su razón y el vigor moral de su carácter, que le daba fuerzas para sostener con entereza y rectitud sus principios, lo mismo en la edad de las ilusiones que en la edad de los desengaños, en la próspera como en la adversa fortuna, á prueba de halagos y de desdenes, seguro de la ingratitud de todos y del agradecimiento de ninguno, no pude menos de saludar en él á uno de los últimos restos de aquella generación que va desapareciendo ya por completo en los abismos de la muerte, y que, llamada al teatro de la Historia en la hora solemne en que el antiguo régimen se derrumbaba, más bien por efecto de su propia descomposición que á impulsos de la revolución moderna que lo combatía y que se levantaba sobre sus ruínas, supo, en algunas de sus personalidades más eminentes al menos, mantenerse firme sobre los únicos pero indispensables fundamentos de la nacionalidad española, representados por la Religión, el Trono y las Cortes, ofreciéndose como blanco descubierto, por tanto, á todos los violentos de una y otra parte, que, enamorados de instituciones más ó menos modernas ó anticuadas, pero extranjeras todas ellas, desconocían los caracteres propios de nuestra civilización y la grandeza de alma necesaria para proclamarlos con firmeza y defenderlos con serenidad entre el vocerío y la grito de los bandos enemigos y turbulentos.

La Acadèmia fué la última que lo perdió, compartiendo

tan triste honor con su familia. Cuando la política dejó de ser para él arena en que lidiar por la felicidad de su patria, reconcentró todos sus afectos en su casa-solar y en la Academia Española, que era para él como la casa paterna de su saber. En sus forjas, como Marte en las de Vulcano, había venido á buscar el temple de sus armas, y en el crisol de vuestro blasón depuró la nitidez de su acero, con que tantos timbres ganó peleando en las lides de la inteligencia. ¡Qué mucho que, inválido y retirado ya de la lucha, viniese á reanimar sus ateridos miembros al calor de la llama de vuestro hogar, aunque no fuese más que para recordar tristemente al amor de la lumbre sus hazañas!

Un ilustre compañero vuestro y amigo suyo del corazón¹ las ha consignado recientemente en un trabajo, que es un acabado cuadro de la vida familiar de esta Academia, y un perfectísimo retablo de la historia de Guendulain. En él se ve en toda su dolorosa integridad la magnitud de la pérdida que acaba de experimentar la Academia, y en él puede aprender el vulgo, que extraña ver en estos sitiales otros nombres que los de los ídolos que tiránicamente impone á su adoración la nueva casta sacerdotal que monopoliza y explota el culto de la diosa opinión, el elevado criterio con que, fuera de la ocasión presente, elige sus miembros la Academia, no por el vano é interesado aplauso de la popularidad que pasa, sino por el testimonio irrecusable de sus méritos más ó menos ocultos á los ojos del vulgo, pero patentes ante el tribunal severo de la crítica, cuyo supremo fallo ha de confirmar en su día, como sucede hoy, la verda-

¹ El Sr. Marqués de Molins.

dera fama, que es la que sólo hace resonar su voz vencedora del tiempo y del espacio sobre la soledad de los sepulcros, y cuando ya se han apagado en los aires los ecos de las aclamaciones y de los vítores de las generaciones interesadas.

Y pues que esto es lo que acontece con el Conde de Guendulain, ya que ha empezado para él la hora de su glorificación solemne, tributemos un respetuoso homenaje á su memoria, esperando que la Providencia, que vela por los destinos de la Academia, nos deparará algún día quien cumplidamente le reemplace en el seno de esta Corporación.

Llamado yo entre tanto por vuestros votos á sucederle, su recuerdo me agobia con pesadumbre irresistible, porque si es glorioso suceder á los ilustres campeones de las grandes causas en las murallas y en las trincheras de la vida en que se les sucede para pelear y para morir, es embarazoso sucederles en los puestos de honor que conquistaron, porque sobre estos pedestales en que se destaca mejor la grandeza de los colosos, se hace más visible también la pequeñez de los pigmeos.

Gran capitán él en las contiendas de la literatura y la política, y suelto almogávar yo en la reconquista de los eternos fueros de la verdad á que asistimos, hecho á pelear por mi cuenta, con buena ó mala fortuna, en todos los palenques abiertos por el espíritu de nuestro siglo á los mantenedores de todas las causas, nunca soñé que el tosco y mellado hierro de mi palabra, bueno sólo para esgrimido entre el humo y la sangre de los combates, hubiera de darse al aire y á la luz ante vosotros, para dar guardia de honor con él á los restos de aquel adalid insigne, cuyas bruñidas y lucientes armas, que tantas veces iluminó el sol de la

victoria, aumentan ya el esplendor y gala de vuestro gloriosísimo trofeo.

Sirva, pues, de realce al brillo de su fama la sombra de mi oscuridad, para que luzcan mejor los timbres de su nombre, y demos tregua y descanso á ese sitio que abrumaron con la pesadumbre de su gloria Pignatelli, Puñonrostro, Jovellanos y Guendulain, dando ya asiento en él á quien deba mirarle con veneración y tenga que acercársele con respeto.

Señores Académicos : Buscando con escrutadora mirada por las altas regiones de la filosofía y por los vastos dominios de la Historia, asunto que, por su relación con el fin especial de esta Academia, con la tendencia particular de mis estudios y hasta con los títulos que hayan podido servir de pretexto, ya que no de causa, á mi elección, fuese propio del acto solemne á que asistimos, sólo supe hallar uno, entre los que me dejó por espigar la infatigable codicia de mis antecesores en esta tribuna, que, reuniendo las condiciones indicadas, resaltase, además, por su natural importancia y grandeza y por su aplicación y trascendencia á la época en que vivimos, para que, absorta por él vuestra atención, desapareciese, cuanto antes, de vuestra vista la personalidad del que lo expone.

El primer aspecto con que se ofreció á mi consideración atentísima, fué nacido de una observación arrancada por la meditación al estudio de mis materias predilectas, com-

probada después en el público ejercicio de mis exigüas facultades, y elevada á ley por el imperio de la lógica en los dominios de mi razón. Sintetizando, para dogmatizar, lo que analicé para inquirir, manifestaré todo mi pensamiento con esta fórmula : *Siendo la verdad y la belleza ontológicas propiedades trascendentales del ente; siendo la filosofía el conocimiento más cierto y evidente de la verdad, y la elocuencia la expresión más bella de esta verdad misma, la filosofía es la fuente más pura de la elocuencia.* Por eso el tema se me presentó bajo esta forma : *Elocuencia de la Filosofía.*

Pero ¡oh triste infecundidad del espíritu humano! Apenas hubé exclamado *Eureka* en los adentros de mi ser, conocí que este descubrimiento, aunque olvidado merced á la confusión de los sistemas modernos, era muy viejo en realidad, pues ya el Príncipe de los oradores romanos había dicho que en los libros de los filósofos, mejor que en los libros de los retóricos, había de estudiarse la elocuencia, y que esta regla de Cicerón, comprobada más bien que descubierta por mí, era un aspecto parcial de la cuestión cuyo nexo, cuyo principio generador y de unidad, el verdadero tema, en fin, se presentaba ya en toda su integridad á mi espíritu con el nombre de *Filosofía de la Elocuencia.*

Tema elevado, profundo y vasto por demás para ser tratado en un discurso, y cuyo desarrollo didáctico está pidiendo á voces un libro que realice lo que con su título nos ofreció la docta pluma de Capmany, para darnos en realidad con su retórica, no la filosofía del arte, sino el arte mismo de la elocuencia.

Érame, pues, preciso concretar y condensar el pensa-

miento; y del análisis de los principios de esta ciencia brotó, no como parte dependiente disgregada arbitrariamente de un todo orgánico, sino como organismo particular, cifra y compendio y perfección del todo, el tema de la elocuencia en su expresión más propia, más elevada y más fundamental: el tema de la *Oratoria sagrada*, que es la confirmación más victoriosa de aquel principio, en cuanto, bebiendo su inspiración en la más alta filosofía, es la más sublime elocuencia; y buscando en la Historia como comprobación y como ejemplo la determinación de este principio, el sentimiento religioso, el estético y el patriótico además, me señalaron de consuno el siglo xvi, en que España llegó á tocar, tanto por las letras como por las artes y las armas puestas al servicio de la Religión, el apogeo de su gloria.

¿Quién podrá extrañar, después de esto, que, como aparece y brota en el seno de la luz difusa el astro que rutila, como entre las ráfagas del aroma la flor, como el símbolo personificando las propiedades inteligibles de la idea, surgiese ante mis ojos arrobados entre los oradores sagrados del siglo xvi, en el coro de místicos y de ascéticos que forma la más brillante constelación del cielo de nuestras letras, la angélica figura de nuestro insigne predicador Fr. Luís de Granada?

Que así en el mundo complejo de las ideas y de los hechos brotan los datos de la observación, induce de ellos su ley el raciocinio, adivina su principio fundamental el genio, deduce de él sus consecuencias y aplicaciones el método, sintetiza su fórmula la ciencia, y el arte la personifica en el símbolo.

No reconocen otro origen las grandes personalidades de

la Historia : los mitos religiosos de la antigüedad , las creaciones populares de la Edad Media, y hasta el positivismo materialista y ateo que constituye el fondo de la filosofía de lo *inconsciente* de hoy, obedece sin sospecharlo , aunque imperfectamente, á esta ley, buscando en vano, á través de todas las categorías del ser, el símbolo metafísico de la Nada.

Fr. Luís de Granada, pues, no en los detalles de su vida claustral, como fué objeto de los trabajos de sus biógrafos; ni en el análisis gramatical de sus producciones literarias, como lo fué de los estudios de sus críticos , sino como encarnación de los grandes principios estéticos de la elocuencia en su más elevada manifestación y como personificación de las grandes fuerzas históricas nacionales en su más completo desarrollo; en suma, como el orador sagrado de la España del siglo xvi, será el tema que rápida y brevemente someta á vuestra docta consideración.

Nada nuevo os podré decir acerca de él seguramente; pero á lo menos habré entretenido vuestra atención todo el tiempo que su ocupación corre á mi cargo, haciendo comparecer ante vosotros, evocado por el torpe conjuro de mi voz , un asunto que embarga el ánimo contemplativo del filósofo entregado á las difíciles investigaciones de lo bello, que exalta la fantasía del historiador solicitada por el cuadro deslumbrador de nuestras colosales grandezas , que despierta el sentimiento del artista hiriendo las fibras más delicadas del corazón con el invisible dardo de los afectos más puros, y que deleita el oído del retórico con los ecos lejanos de aquella inefable voz que marca el punto culminante á que llegó la lengua castellana y en que tan cumplidamente se contiene la más alta y sublime manifestación del espíritu

humano fecundado por la gracia divina, en el siglo de oro de la civilización española.

Allá en los albores del siglo xvi, cuando las viejas banderas españolas, enarboladas todavía en el asta de la Cruz, con que Pelayo inició la reconquista en las montañas de Covadonga, ponían fin al último canto de esta epopeya, tremolando al soplo de las brisas de Sierra Nevada, sobre la torre de Comares, unos cuantos muchachos, apoderados de una plazuela en uno de los arrabales de Granada, parodiaban en animado simulacro las heroicas acciones de sus mayores, jugando alegremente á la guerra de moros y de cristianos.

Acertó á pasar por allí en aquella sazón el Marqués de Mondéjar, encargado del gobierno y custodia de la ciudad; y como intentase apaciguarlos, temeroso aquel capitán insigne de que se lastimasen las tiernas criaturas, llamó vivamente su atención, tanto por la dulzura de su rostro como por la gracia y compostura de sus modales, uno de los precoces combatientes. Hízole venir ante sí, con no poco susto del rapazuelo; y como le interrogase acerca de su nombre, condición y familia, quedó tan prendado del natural despejo de su ingenio, como conmovido ante la bondad, pobreza y abandono que revelaban con infantil candor sus respuestas; y por un sentimiento de caridad, tan común en los corazones cristianos de los más rudos guerreros de nuestra patria, se lo llevó á su palacio, educándole juntamente y al igual de sus propios hijos.

Este casual y al parecer indiferente suceso que trasladó al hijo de una anciana y pobre lavandera desde la choza en que se alimentaba, merced á la santa limosna de la sopa de un convento, á las regias estancias de la Alhambra, marcó en el porvenir de las letras españolas el término de su perfección y el apogeo de su grandeza, y suministró á la fama un nombre más que añadir al catálogo interminable de ilustres y memorables genios suscitados en aquella hora crítica por Dios, para presidir á la transformación de la sociedad antigua que espiraba, y al advenimiento de la nueva que surgía en los dominios de la Historia.

Porque era aquella la hora en que, floreciendo y fructificando por fin los gérmenes de vida y de muerte que la Cristiandad venía desarrollando en su seno, se desenvolvían en todo su esplendor, llegada ya su madurez, en sus respectivas manifestaciones. Eran los tiempos en que Europa, despojándose de su sayal, apartaba ya sus oídos de los acordes solemnes del órgano que acompañaban la fúnebre salmodia del *Dies irae* bajo las bóvedas de nuestras sombrías Catedrales, para abrírlos al rumor armonioso de las ondas azules del Mediterráneo, que le traía con sus auras la seductora voz de las sirenas del Renacimiento. El imperio de Oriente, que con la perfidia de los griegos había rechazado el auxilio espiritual de la Unidad é inutilizado el auxilio material de las Cruzadas, recibía el castigo de su degradación, doblando la cerviz al yugo y entregando el cuello á la argolla del Poder otomano; la imprenta, desenvolviéndose de las ligaduras de la infancia, extendía ya el cetro de su poder por todo el Occidente; Colón se disponía á coronar la serie de sus navegaciones por los mares, levando las anclas de su bajel con

rumbo á las playas de la eternidad, dejando á las generaciones que le sucedían, el encargo de desenvolver las trascendentes consecuencias de su descubrimiento prodigioso; Copérnico meditaba ya la revolución de los astros en el cielo, que tanto había de influir en la de los hombres sobre la tierra; Gonzalo de Córdova, terminada la Reconquista, acababa de abrir de nuevo con su espada el camino de Italia á la ociosa actividad de nuestras armas, emplazadas allí por los secretos designios de la Providencia divina; Erasmo enturbiaba con su malsana erudición las verdaderas fuentes del saber, incubando los gérmenes de la Reforma; Maquiavelo reducía á leyes con el aparato de su ingenio el arte de la tiranía; Julio II ponía la primera piedra del Vaticano, á cuya grandeza habían de contribuir Bramante, Rafael y Miguel Ángel, bien ajeno de que por aquellos mismos días profesaba en Erfurt el monje agustino que, con ocasión de los recursos allegados para levantar aquel templo, había de desgarrar á la Cristiandad con el más terrible de los cismas; Cisneros acababa de echar los cimientos del poder real á la sombra del soberano prestigio de los Reyes Católicos, como si presintiera el alzamiento de las Comunidades y Germanías y la imperiosa necesidad en que se iba á encontrar España de reconcentrar todas sus fuerzas para hacer frente á toda Europa, y la corona de Carlomagno, que se balanceaba sobre la cabeza del nieto de Isabel la Católica y de Maximiliano I, mientras que Selim el Feroz asumía en el imperio turco el poder de los antiguos Califas, esperaba precisamente el mismo día en que fuese coronado como Sultán en Constantinopla Solimán el Grande, para ceñir en Aquisgram las sienes de Carlos V.

El desvalido huérfano que recogió por acaso y por caridad el ilustre soldado de los Reyes Católicos, no alcanzó fama inmortal ni renombre imperecedero á la cabeza de los invencibles tercios españoles, ni en las galeras de nuestras victoriosas escuadras, ni en las carabelas de nuestros audaces exploradores: fué simplemente un religioso de la Orden de Santo Domingo, *un fraile*, y en unos cuantos *sermones*, que no fué otra cosa lo que escribió, conquistó, á la vez que la gloria celestial para su alma, la gloria terrenal para su nombre, que no desapareció arrollado por el tropel de colosales sucesos de que fué testigo presencial en la profunda sima del olvido, sino que, traspasando los reducidos muros de su convento, se elevó al cielo de nuestras glorias, donde brilla como astro de primera magnitud entre los soles que lo ilustran, porque, aunque sin darse cuenta tal vez de ello, recibió de Dios una vocación, fué fiel al llamamiento divino y realizó su misión cumplidamente en la tierra, siendo como la voz de la España católica, que desde la cúspide de su renacimiento dedicaba á Dios la obra acabada de la civilización española, mientras señalaba perpetuamente á sus hijos el secreto de su poder, su misión providencial en la Historia y el Norte eterno de su vida, imprimiendo al hacerlo, y en el momento de su feliz desarrollo y definitiva formación, al habla castellana, el sello indeleble de su inspiración divina, brotada de las propias entrañas del genio nacional formado en ocho siglos de combate por la Cruz, y recibida en el éxtasis de su oración á los pies de Cristo.

Para desempeñar cumplidamente tan alto ministerio con el sublime ejercicio de la palabra, era menester que el cielo, que siempre proporciona los medios convenientes

para alcanzar los fines que su Providencia determina, dotase al Orador Predestinado con el don poderoso de la elocuencia, realzándole con la autoridad que le concedió su aureola de santidad y el prestigio de sus extraordinarias virtudes, que le iluminase con la esplendorosa luz del saber que reflejó con tanta profusión sobre su frente *el Sol de la Iglesia*, su maestro, Santo Tomás de Aquino, y que prestase á su voz elevación, alcance, penetración y duración suficientes para subir hasta Dios sentado en el trono de su gloria, para imprimir sus acentos en los corazones más endurecidos por el vicio, y para perpetuarse de generación en generación por los ámbitos de la Patria, colocándole, para que fuera mejor oído, como sobre una tribuna, sobre los trofeos de dos mundos, amontonados por el valor de nuestras armas en el seno de nuestra indivisa nación, y revestido con la librea de la elocuencia, con el hábito blanco y negro de San Vicente Ferrer, como hijos ambos de la ínclita *Orden de Predicadores*, fundada por el Apóstol español Santo Domingo de Guzmán.

Estudiemos, pues, en sus fundamentos primero, los admirables resortes de su poder, para contemplarle después, con más admiración todavía, en toda la magnitud de su gloria.

Sabéis que el poder de la elocuencia es un poder sobre todo poder, y que sobre todas las manifestaciones de la elocuencia descuella la manifestación de la palabra. Por eso, reconociendo su imperio, y después de haber recibido el homenaje de la admiración de sus conciudadanos en el teatro, en las escuelas y en el circo, llamaba Eurípides á esta elocuencia «La soberana de las almas.»

La Religión en sus más inefables misterios, la filosofía con sus más elevados principios, el arte en sus secretos más recónditos, nos dan la razón de esta soberanía que confirma plenamente la Historia.

Desde el Verbo divino, que es la palabra sustancial con que Dios se habla eternamente á sí mismo en el misterioso coloquio de la Santísima Trinidad, hasta el sordo murmullo del átomo que vibra en el seno inerte de la materia, todo ser habla ó resuena; todo ser está dotado de una voz más ó menos inmaterial ó sonora, con que, dando su concepto en la nota que le corresponde, según el puesto que ocupa en la inmensa escala de los seres, contribuye á la soberana armonía, al gran concierto del himno que el universo entona á la gloria de Dios.

El oído del hombre, limitado por su naturaleza, no percibe el soberano conjunto de este concierto; pero adivina su maravillosa armonía por las notas dispersas, por los ecos lejanos, por las ráfagas fugitivas que le traen las ondas vibrantes de las auras.

La ciencia de Dios y la ciencia de los espíritus, basadas en la metafísica y coronadas por la revelación, nos dan como la clave del lenguaje espiritual y divino en que Dios se dice á sí propio la eterna palabra de su Verbo, en el seno de su infinita esencia, y en que los ángeles, como iluminándose y transparentándose por un acto simplicísimo de su voluntad, hacen perceptibles sus pensamientos como voces con que alaban incesantemente al Señor asistiendo al trono de su gloria.

Las leyendas y tradiciones de todos los pueblos nos cuentan que sus videntes, distinguiendo muchos ruidos de

la naturaleza imperceptibles para nuestros órganos gastados, se deleitaban escuchando las misteriosas armonías que se encierran en ese levísimo rumor producido por los seres infinitamente pequeños que pueblan el mundo del microscopio, y todas las religiones antiguas nos enseñan en sus libros sagrados que el sabio de las edades primitivas, en el silencio de las noches serenas, á través del impalpable éter en que flotan, oía el coro lejano de los astros, la concertada música de las esferas celestes, girando acompasadas sobre sus ejes luminosos y cantando la gloria del Hacedor por la curva majestuosa de sus órbitas siderales.

Y viniendo ya á nuestro reino, concretándonos al testimonio de nuestra propia experiencia, la clara percepción de nuestros sentidos nos atestigua que todos los seres de la naturaleza que dominamos están dotados de una voz: el céfiro que susurra entre las flores, el agua que bulle en el manantial, el arroyo que murmura sobre el césped, el insecto que zumba en el rayo de sol, el ave que trina en la enramada, el árbol que gime en el bosque, el torrente que muge en el abismo, el huracán que brama en la sierra, el trueno que estalla en la nube, el volcán que hierve en el monte, el león que ruge en el desierto, el reptil que silba en la cueva, el águila que grita en la altura, el mar que retumba soberbio, revolviéndose en su cárcel de arena contra el cielo, que salpica con la espuma de su furor y enturbia con los vapores de su ira, ó se tiende límpido y terso como un cristal, reflejando la claridad y transparencia del cielo azul, y adormeciéndose al son cadencioso de sus olas, que espiran blandamente sobre la playa.

Todos estos seres resuenan y todas estas voces pregonan

la gloria del Creador reflejada en sus criaturas; y el arrobado místico que las contempla, y el laborioso sabio que las estudia, y el inspirado poeta que las canta, perciben á veces ó adivinan el sentido misterioso de aquella voz que alaba un atributo del Altísimo.

«De esta manera,» como dice el mismo Fr. Luís de Granada, hablando según su costumbre con Dios, «las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia,» que no son á los ojos de este gran orador las criaturas con que la mano creadora de Dios pobló y embelleció el universo, «sino predicadoras de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadoras de nuestra ingratitud.» Por eso, inflamado en vivas ansias de amor y como transportado por la armonía de este canto maravilloso, exclama: «¡Quién no se deleitará con música tan acordada, de tantas y tan dulces voces, que por tanta diferencia de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria!»

Así se confirman aquellas palabras del Apóstol de las gentes á los romanos: «Las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles, después de la creación, por el conocimiento que nos dan las criaturas,» palabras que completan aquellas otras que dirigió más tarde á los corintios: «Hay muchos linajes de lenguas en este mundo, y nada hay sin voz.» Porque la unidad simplicísima de Dios se refleja en la múltiple variedad del mundo, como cuando, no bastando

una sola palabra para abarcar toda la sublimidad de un concepto, se agrupan muchas para expresarlo. Las criaturas, escalonadas como los tubos sonoros ó las vibrantes cuerdas de un instrumento, hacen oír su voz, y dando la nota que le corresponde según su naturaleza, el mineral, sustancia material, dice «Dios es,» y el vegetal, sustancia vegetativa, «Dios vive,» y el animal, sustancia sensitiva, «Dios siente,» y el ángel, sustancia intelectual, «Dios entiende;» que sólo el Verbo Divino, creador y arquetipo de todos los seres y palabra del ser por esencia, expresa, con la única y eterna palabra de su divino ser, todas las perfecciones y atributos que se comprenden con el inefable nombre de Dios.

No hay duda : la creación está dotada de una voz que pregona las excelencias del Eterno. Por eso el antiguo panteísmo oriental creyó ver en el mundo el cuerpo gigante de aquella divinidad monstruosa que habla por la voz del trueno, respira con el soplo del huracán, se estremece en los terremotos, llora en las fuentes y los ríos, mira por la ardiente pupila del sol, y, embozándose con su manto de nubes, se duerme en las silenciosas tinieblas de la noche. ¡ Por eso el antiguo politeísmo occidental creyó la naturaleza poblada de divinidades inferiores, viendo en cada gruta, en cada lago, en cada bosque, en cada río, un dios que, haciendo templo y morada de su seno, suspiraba en las brisas de la mañana, gemía en los vientos de la tarde, lloraba en el rocío de la noche y celebraba sus misterios en la soledad, en el silencio y en el reposo, demostrando su irritación y su ira cada vez que un mortal los profanaba con su presencia, con el rumor y estruendo de su follaje, de sus ondas ó de sus ecos alterados, hasta que se le aplacase con sacrificios.

Que fué menester que el sentimiento de lo divino se perdiese casi por completo entre los hombres, para que sólo se viese en las voces de la naturaleza ruido de átomos que chocan unos con otros al acaso, impelidos por el torbellino brutal de una fuerza ciega, y que, fortuítamente combinados, producen aguas que descienden por los abismos, aves que gorjean en las alturas, y brutos que aullan sobre la tierra, sin que, ni como ideal, ni como fin, ni como causa, apareciese reflejándose en ellos la Divinidad, ente inútil, concepto innecesario y enojoso para los que, encenagados en la materia, ignoran ó desconocen por completo los desfallecimientos y las ansias, las turbaciones y los anhelos que produce la celestial nostalgia del espíritu.

Pero la santa Religión y la verdadera filosofía, proclamando la existencia *a se* del Creador y la creación *ex nihilo* de las criaturas, reconociendo la distinción real, formal y sustancial entre el mundo y Dios, la diferencia entre la causa ejemplar y las causas formales y materiales, entre la actividad pura y la impura, y señalando el hilo dinámico y el teológico, que forma el lazo cósmico de la creación, verán siempre la naturaleza, no sólo como un inmenso espejo en que se refleja la hermosura del Creador, sino como una armoniosa lira suspendida en la eternidad, cuyas misteriosas cuerdas vibran sonoras, pulsadas por la invisible diestra del Altísimo, y como un órgano gigantesco cuyas voces, animadas por el soplo de Dios, cantan sin cesar las excelencias de los divinos atributos.

Y sobre todas estas voces, sobre todos los ruidos de la materia inorgánica, y sobre todos los sonidos y gritos de la materia organizada por la información del alma vegetativa

y sensitiva, descuella, como sobre la turba de los vasallos, la majestad del Rey, la voz de esa misma materia organizada por la información del alma racional, por el Espíritu hecho á imagen y semejanza de Dios: la palabra.

En el límite que separa el mundo de la materia del mundo del espíritu, tocando con el bruto por las resonancias del cuerpo y con el ángel por las iluminaciones del alma, cifra y compendio de los orbes y centro del universo creado, aparece el hombre, como apretado nudo del lazo universal de la creación, cuya palabra ha recibido el poder supremo del arte de idealizar lo sensible y sensibilizar lo ideal, para llevar á cabo cumplidamente su elevada misión sobre la tierra, sirviendo de armonioso intérprete entre lo visible y lo invisible, para encaminar todas las criaturas, como á su último fin, á Dios.

Rey de la creación, sentado en el trono de la naturaleza, reflejando en su rostro la luz increada del Verbo, con una mano toma del entendimiento divino la fuerza creadora de las ideas, y con la otra recoge, como tributo, el eco de todas las armonías dispersas por la vasta extensión de sus dominios, y elevando su mirada á Dios, extiende el cetro de su palabra sobre todas las criaturas del universo.

Así se reproduce en el hombre una como simbólica representación del misterio divino, que, á la vez que la analogía de la palabra con la creación, revela el poder creador de la palabra.

Á la manera que Dios engendra eternamente su Verbo, y de su mutua contemplación brota el divino amor que los inflama, y como manifestación de este Divino Verbo y de este amor se crea, por ministerio del mismo Verbo, el uni-

verso, así el hombre engendra su verbo en las profundidades de su mente, brota el amor de la belleza que le adorna, y la palabra en que se encarna esta idea, esta belleza y este amor, surge como una aparición radiante en el silencioso seno de la nada.

Nacida de la contemplación del ideal en su concepto más puro, el inteligible, se transfigura, al pasar por el mágico prisma de la imaginación que la delinea y la colora, y aparece en los labios abiertos, en el nobilísimo rostro del hombre, como revelación sublime del espíritu. La voz le presta sus más suaves melodías y sus armonías más solemnes; el brillo de los ojos, los rasgos de la fisonomía, la animación del semblante, le dan vida con su expresión, y la gentileza y apostura del cuerpo, con sus gallardos ademanes, la acentúan á compás de las cadencias del ritmo que la imprime la violencia de la pasión, encendida en la llama que brota del corazón como de un horno caldeado. El oído recoge entonces aquellos sonidos armoniosos con inefable curiosidad y placer; la fantasía reproduce, con líneas y colores, las imágenes evocadas del panteón de la memoria; el entendimiento abstrae la pura esencia de la idea; el corazón afectado acelera sus palpitaciones, y la voluntad, rendida á tantos encantos, obedece.

Como de Dios, se puede decir del hombre: *Dixit et facta sunt*: que no en vano fué el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios; pues si Dios con su solo Verbo creó el universo de los seres, el hombre con sola su palabra ha creado un universo de ideas, de sentimientos y determinaciones.

El hombre, reproduciendo con su acento el eco interior de la palabra divina, habla, y á su voz los elementos enmu-

decen como asombrados, se someten los brutos á su dominación, reconociéndole como rey, y las generaciones le veneran como profeta.

Adán surge animado por el soplo de vida del Creador, como rey del universo creado, y la naturaleza, engalanada con toda la pompa y hermosura de sus vírgenes esplendores, escucha el misterioso coloquio del hombre con la Divinidad al tomar posesión solemne del trono de su reino. Las auras del Edén repiten armoniosas el eco de la primer palabra de amor, que arranca del corazón enajenado del Padre común de los mortales la espléndida aparición de su hermosísima compañera; y las flores desde sus tallos y los cedros desde sus troncos inclinan suavemente sus hojas para oír al Monarca de la creación nombrar con su verdadero nombre á la innumerable turba de sus vasallos, que desfilan obedientes ante su Trono, para recibir el bautismo de su palabra. La voz dulcísima de la mujer, convirtiéndose en eco del engañoso silbo de la serpiente, arrastra al hombre á la desobediencia de los mandatos del Eterno, animándole á comer del fruto vedado del árbol de la ciencia, y la maldición terrible de Dios retumba con el acento de la tempestad sobre la naturaleza perturbada. El primer lamento de la humanidad resuena en los ámbitos de la tierra, iniciando el inagotable ritmo del dolor que ha de perpetuarse en sus ecos, y el ansia y la esperanza de una redención, prometida por la augusta palabra del Creador, enciende en el hombre la inextinguible sed de la revelación de la palabra.

Mientras la tierra sea *de un solo labio*, los hombres adorarán á un solo Dios, conocerán una sola verdad y constituirán una sola familia: cuando la confusión de las lenguas

traiga consigo, como natural consecuencia, la dispersión de las razas, los dioses se multiplicarán, se dividirán las verdades, y las tribus se harán la guerra, y sólo cuando, llegado ya á todo su apogeo el mal de la división y la discordia, pueda compendiar el historiador el atomismo intelectual en que agoniza la humanidad en aquella frase aterradora *tot homines, tot sententiae*, será cuando, llegada la hora de la plenitud de los tiempos, el Verbo Divino restaurará la verdad en Cristo, pronunciando aquella palabra de vida de que es eco perdurable la Iglesia; y, disipada la confusión de Babel por la armonía del Cenáculo, se acercará la hora designada en los consejos del Eterno, en que, mediante unos mismos dogmas predicados por una lengua universal, órgano oficial de una sola Iglesia, se verá realizada aquella consoladora profecía que nos anuncia un solo rebaño y un solo pastor.

Los pueblos, en tanto, dispersos sobre la haz de la tierra, emigrarán de clima en clima y de región en región, obedientes al imperio de la palabra. El vate, sacerdote, caudillo y patriarca á la vez, eleva su voz, al rayar el alba, bajo las ramas sagradas del árbol de los sacrificios, y entona el himno de la oración y la rapsodia de su raza. Á su acento la tribu levanta las tiendas del aduar, abandona el suelo natal en que apacentó sus ganados, donde crecen los sauces en que mecieron, suspendidas al aire, sus cunas, y que dan sombra á sus sepulcros, y acompañando con el suave coro de las vírgenes y el más grave y solemne de los guerreros, los inspirados cantos del Profeta, desciende de las montañas, salva los torrentes, cruza las selvas, atraviesa los lagos, vadea los ríos caudalosos, y sólo cuando se apaga y extingue el eco

de su voz, hace alto, para acampar, á la caída de la tarde, en el oasis del desierto ó en las riberas de la mar, en el recinto designado por el humo del sacrificio, por el vuelo del ave puesta en libertad, por la hoja del árbol entregada al soplo incierto de las auras, como el sitio señalado por Dios para echar los cimientos de la ciudad y levantar el ara de su templo.

No quiso significar otra cosa la antigüedad con sus mitos de Orfeo y de Anfion, á cuyo canto, acompañado de su lira, calmaban su furor los vientos, amansaban las fieras su ferocidad, se conmovían las montañas y bajaban obedientes las piedras desde las alturas de los montes para edificar los sagrados muros de Tebas.

La palabra del hombre, caída de sus labios en el oído de sus hijos, esculpida en piedras que repetirán su pensamiento á las futuras generaciones, grabada en bronces imperecederos, pintada en tablas y en lienzos que, aunque sensibles á las injurias del tiempo, se perpetuarán inmortales en copias que darán la vuelta á la tierra, difundida en alas del pergamino y del papel que la llevarán á los confines del universo, reproducida en su representación ideográfica, en su simbólica significación, en su expresión fonética ó en su rítmica tonalidad, repercutida por la voz estentórea de la imprenta, determinará el rumbo del porvenir y el destino de las civilizaciones.

Las artes, germinadas en su seno, brotarán á su paso, como flores destinadas á tejer la corona de su prestigio, como rayos de luz para acrecer el brillo de la aureola de su inmortalidad. El orador habla, y realizando la belleza en las dos esferas del arte, el tiempo y el espacio, que han de ocu-

par más tarde las respectivas artes del oído y la vista, es, á la vez que arquitecto por el plan y las líneas arquitectónicas de su discurso, escultor por las actitudes esculturales de su cuerpo, pintor por la luz brillante de sus ojos y las tintas y matices con que da á su rostro la expresión, músico por el número de su acento, y hasta declamador y coreógrafo por la entonación y las flexiones de su voz y la mímica de sus ademanes. Por eso cuando las artes emancipadas de la palabra constituyan organismos independientes, volverán por su propia finalidad al origen de su propio ser, agrupándose escalonadas, para dar resonancia, fijeza y duración á la palabra; y la arquitectura compendiará la tierra en sus muros y el firmamento en sus bóvedas, para que retumbe más vibrante el eco de su voz; la escultura immortalizará la gallarda figura del orador, su actitud noble y reposada y sus altivos ademanes; la pintura fijará el relámpago fugaz con que iluminó su rostro la pasión, reflejando por medio del color la animación del semblante, el fuego deslumbrador de su mirada, la palabra interior de su espíritu; la música acompañará con el compás de su ritmo y con la melodía y la armonía de sus sonos las majestuosas cadencias de su voz, y hasta el baile reflejará con sus movimientos acompasados la acción del orador, las pausas graves y solemnes, los arrebatos y los éxtasis que comunica á todo el ser la viva emisión de la palabra.

Cuando suene la hora de la restauración universal, y, por tanto, de la restauración de la palabra, la Iglesia, encargada de su regeneración, que la venera en sus dogmas, la perpetúa en su tradición y la santifica en sus costumbres, reconcentrará todas las artes purificadas, para ponerlas al

servicio de la palabra divina; y en el templo erigido á la majestad de Dios simbolizará la creación idealizada; elevará á lo alto sus bóvedas, á imitación de las del cielo; abrirá sus naves á la representación de todos los seres que pueblan la tierra y el mar; robará á los bosques sus penumbras, para dar solemnidad y misterio á su recinto y convidar al recogimiento y á la meditación á los creyentes; esmaltará con todos los matices del iris la luz que se refleja sobre el santuario; hará resonar los acordes majestuosos del órgano al compás de las tradicionales cadencias de la danza sagrada, y enfrente del altar en que se eleva por entre nubes de incienso la estatua del Verbo encarnado pendiente de la Cruz, levantará la Cátedra del Espíritu Santo á la palabra, que es la palabra de Dios, que resonará en todos los corazones con el acento de la gracia divina, por los inspirados labios de un Santo Domingo de Guzmán, de un San Vicente Ferrer ó de un Fr. Luís de Granada.

¡Que si el Verbo divino, la palabra creadora de Dios, refleja su belleza ideal en los seres creados que pueblan el universo, como caracteres dispersos que componen el inefable nombre de Dios, como voces que nos predicán sus excelencias, el verbo del hombre se refleja á su vez en todas las artes que procrea como voces de lo ideal, y sólo en la elocuencia de la palabra se encarna plena y directamente este verbo, como la palabra eterna de Dios solamente se encarna en aquella sacratísima Humanidad que apareció en la plenitud de los tiempos, para conversar con nosotros y salvarnos con la revelación redentora de su palabra!

Por eso la palabra que, como hemos visto, edifica, esculpe, graba, pinta y canta todo á la vez, reconcentró en su

poder el prestigio de todas las demás artes; y si la estética separatista de nuestros días excluye á la oratoria de entre estas manifestaciones de lo bello, por tener un fin más transcendental que la pura realización de la belleza, la estética de la clásica antigüedad la sentó sobre el trono de sus hermanas, coronándola como Reina y Señora de las artes.

Por eso el lenguaje popular, informado por las grandes verdades, patrimonio del linaje humano, gradúa las bellezas de las obras maestras del arte por su semejanza con la palabra. Y para expresar el colmo de la perfección á que pueden llegar las artes, dirá que los instrumentos músicos *cantan*, que los artistas *hacen hablar* á los mármoles ó á los bronces, y que sus cuadros ó estatuas *están hablando*. Por eso, las leyendas y tradiciones fantásticas del arte nos pintan presa dentro de la caja de cada violín un alma que, atormentada por el arco, llora y ríe, reza y canta, y se queja con ayes y lamentos desgarradores; y los poetas nos fingen el genio melancólico del dolor que exhala hondos suspiros y dolientes lágrimas, al compás de los acordes solemnes y graves del salterio y de las notas lánguidas del arpa ó de la lira. Por eso sin duda Miguel Ángel, arrobado en la contemplación de su Moisés, creyendo haber realizado el sueño eterno del artista, hirió con el martillo el mármol modelado por la gigante diestra de su genio, gritándole con imperioso acento: ¡*Parla!*

Sin caer en el error tradicionalista, que niega toda eficacia á las fuerzas propias de la razón, bien podemos decir que la palabra es como el cincel con que se labra la estatua de nuestra personalidad y el plectro con que se pulsan las cuerdas vibrantes de nuestro espíritu. La dulce voz de

nuestra madre levanta en el santuario de nuestra conciencia el altar en que consagramos nuestros primeros pensamientos á Dios y nuestros primeros amores á la Virgen María; la voz severa de nuestro padre graba en las tablas del arca santa de nuestro pecho el código del honor y del deber; el acento purísimo de una virgen conmueve hondamente todas nuestras fibras, abriendo al alma horizontes desconocidos con el tímido reclamo de su amor, y hasta el vagido con que el hijo brotado de sus entrañas rinde tributo al dolor en los umbrales de la vida, despierta nuestro corazón á sentimientos nunca sospechados.

Y nada vale para desmentir la evidencia de este poder la afirmación contraria consignada en un proverbio oriental, que sólo sirve para atestiguar la inercia de una raza y lo estacionario de una civilización, diciendo con vano alarde de profundidad: «La palabra es plata y el silencio es oro;» porque si el silencio es oro alguna vez, es porque precisamente en esas ocasiones el silencio es la más elocuente de las palabras. David enmudece ante las grandezas divinas en Sión, y su silencio es el himno más arrebatador que entona su respeto á estas grandezas; Jesús calla ante Pilatos y Caifás, y su silencio es la voz elocuente de la inocencia que levanta á gritos su clamor contra la cobardía del romano y la vileza del fariseo; el monje de la Trapa hace voto de silencio toda su vida, pero es para dar mayor realce y solemnidad á la eterna palabra de sus labios, con que evoca constantemente ante su espíritu el grave recuerdo de la muerte. Por eso ha podido afirmar no hace mucho uno de vuestros grandes oradores, explicando su ausencia de la tribuna en el seno de nuestra representación nacional, que hay ocasio-

nes críticas y solemnes en la vida, en que siendo poco elocuente la voz, «tiene la palabra el silencio ¹.»

Y el gran tribuno de la revolución francesa, calificando de *pública calamidad* el silencio de Sièyes, dió testimonio de que, resuene ó enmudezca la voz, no deja por eso de aparecer más patente el grandioso poder de la palabra, que, ó retumba tonante como la tempestad, ó deja sumida á la nación en las mortales tinieblas del silencio.

Por eso la tiranía, que desconoce lo incontrastable de este poder, agota todos sus medios de opresión para sofocarle, aunque sin lograr otra cosa que realzarlo más y más cada vez, ora acuda la mutilación más dolorosa ó la más infamante de todas las prisiones: la mordaza. Pero las lenguas cortadas de San Juan Bautista y de Cicerón repetirán eternamente á la Historia las liviandades de la madre de Salomé y las crueldades de Fulvia; el candado de hierro que atraviesa los labios de San Ramón pregonará la verdad de la Religión del Crucificado mejor aún que lo podría hacer su lengua; el precio puesto á la cabeza de Suso nos da la medida del valor de su palabra; el decreto de Juliano el Apóstata, prohibiendo el estudio de la retórica á los cristianos, dice más sobre su impiedad y su tiranía, sobre la falsedad del paganismo y sobre la elocuencia de los Santos Padres, que la voz de San Gregorio Nazianceno levantando, con el grito de su pecho dirigido á todas las criaturas del orbe, el monumento imprecadero de la infamia del monstruo, y Santerre, ahogando con el redoble de los tambores de toda la Guardia nacional las últimas palabras de Luís XVI, que iba á justificarse ante

¹ El Sr. Cánovas del Castillo.

su pueblo y la Historia en el momento de entregar su cabeza al verdugo, demostró hasta qué punto es impotente contra este poder la tiranía : las palabras de Luís XVI acaso las hubiera olvidado ya la humanidad, mientras el redoble que las ahogó resonará hasta los últimos confines de la Historia: la débil voz de la víctima acaso hubiera dicho algo contra la tiranía de la Revolución : el sonoro redoble de los tambores de su verdugo lo ha dicho todo.

El poder de la palabra, por tanto, no tiene rival. « Por dos cosas se impera en el mundo, decía Cicerón; por la elocuencia y por la espada. » Pero basta dejar caer una mirada en la Historia, para ver que la espada sólo ha sido la humilde servidora de la elocuencia.

Así es que en vano la fuerza se enseñorea de las artes, y haciéndolas esclavas, se ensaña contra sus obras prodigiosas, como el Rey bárbaro de los Francos contra el esclavo griego que le pintaba los inefables encantos de la poesía helena, y al que, blandiendo su frámea, respondía con orgullo salvaje su señor : « Griego, griego; yo soy tu amo. » La elocuencia no teme á la tiranía ni á la fuerza; está segura de su triunfo final, y, como Temístocles bajo el cayado de Euríbiades, exclama, confiada en su irresistible poder: « Da, pero escucha. »

Sólo así se conciben los grandes triunfos de la palabra en la Historia, ya auxiliada por la elocuencia sobrenatural que le presta la palabra de Dios, ya tan sólo por el poder natural de la elocuencia: ¡ Tirteo, que trocando en entusiasmo la burla que suscita su deformidad, conduce las falanges griegas á la victoria, al son bélico y marcial de sus cánticos á la Patria! ¡ Demóstenes, que obtiene la corona y el castigo de

Esquines su rival vendido al oro de Filipo, y arrastra á los frívolos atenienses y á los ofendidos tebanos á la guerra sagrada de Queronea! ¡Cicerón, que arranca la sentencia de Verres y el perdón de Liggario á la corrupción del Senado y á la severidad del César! ¡San Pablo, que obliga á los gentiles, lo mismo á los refinados helenos que á los romanos orgullosos, á que derriben los dioses del Olimpo y de la Ciudad en que simbolizaron sus creencias y divinizaron sus pasiones, para adorar y venerar como único Dios á un judío crucificado! ¡San León, que cierra el paso de su botín al bárbaro emplazado por la cita misteriosa del destino en el corazón enfermo del imperio para crugir, como el azote de Dios, sobre la Europa degradada! ¡Pedro el Ermitaño, que levanta el Occidente como un solo hombre, le hace tomar la cruz y le precipita sobre el Oriente, para marcar con la blanca hilera de sus huesos sobre el Desierto el camino de la civilización, que ha ido trazando con sus huellas la fe en pos de un sepulcro vacío! ¡Savonarola, que trueca en pleno Renacimiento el jardín artístico de Italia en un convento de la Edad Media! ¡Napoleón, que hace arrostrar la muerte con desprecio á los soldados de la Revolución en el siglo de la Enciclopedia, mostrándoles cuarenta siglos asomados á las Pirámides para ser testigos de su valor! ¡O'Connell, el gran agitador de la antigua Hibernia, que rompe una por una las cadenas de la verde Erin, los grillos con que la isla de los herejes había aprisionado á la Isla de los Santos, y hace descender, en medio del círculo de hierro de sus verdugos, el ángel de la libertad sobre la *Esmeralda de los mares*! ¡Lacordaire, que entre las últimas ráfagas de la tormenta hace brotar sobre el suelo, devastado por la risa de Voltaire

y calcinado por la revolución, las Órdenes religiosas, como palomas mensajeras de paz que anidan entre los palos de la guillotina, única cosa que había dejado en pie el diluvio de sangre del Terror!

Y entonces comprenderéis cómo la fantasía popular, que personifica en imágenes todas las ideas, fingió, para explicar la miel de la palabra de Platón y la dulzura de la de San Ambrosio, que un enjambre de abejas luminosas habían labrado entre sus entreabiertos labios un panal durante un sueño de su infancia, y que San Bernardo había bebido la suavidad celeste de su inspiración en los virginales pechos de María, y comprenderéis por qué calificó la posteridad de *Boca de oro* á San Juan Crisóstomo, y veréis la llama de fuego que brotó de entre los labios de Granada en el más patético de sus sermones, y hasta disculparéis que princesas honestas como Margarita de Hungría, atropellando todo respeto, depositen delante de su corte un beso de su boca sobre los labios de Alain Chartier, dormido en un ángulo del claustro de su palacio, recostado sobre uno de sus góticos capiteles.

La importancia que Grecia y Roma concedieron á la elocuencia y que nos atestiguan con sus enormes exigencias y sus menudencias increíbles los diálogos de Platón, de Tácito y de Cicerón, y las retóricas de Aristóteles y de Quintiliano, el poder y la celebridad de Pericles y la fama imperecedera de Cicerón y de Demóstenes; la aureola que esparció sobre la frente del que la manejaba en las disputas de la escuela durante los siglos medios, y que nos confirma la popularidad sin ejemplo de Abelardo; la influencia y prestigio de la oratoria en las sociedades modernas, regidas por

asambleas deliberantes, de que tengo ante mis ojos tan abundantes y vivientes pruebas, demuestran el poder asombroso de la palabra sobre los individuos y naciones, y sobre los destinos de la civilización en todos los ámbitos de la Historia.

Pero donde verdaderamente brilla este poder en todo su esplendor y en toda su eficacia, abarcando por completo al arte y por tanto al hombre todo enteró, es en la elocuencia por excelencia, en la Oratoria sagrada.

Y aquí tocamos la piedra angular de nuestra argumentación y el punto fundamental de nuestro discurso. En el rápido y somero análisis que hemos hecho de la formación de la palabra, hemos visto surgir la división en dos grandes elementos componentes de la oratoria, que son como las dos alas con que el orador se remonta á las regiones sublimes de lo bello : de una parte la idea, esto es, el conocimiento de la realidad, tanto más perfecta cuanto más ideal, que sólo puede darnos la filosofía ; de otra parte el sonido, esto es, la voz, tanto más sonora cuanto más sujeta al ritmo propio de la pasión, de que es eco pasajero y fugaz, y cuyo secreto nos da en sus reglas la retórica. La filosofía y la retórica, pues, son como el alma y el cuerpo de la oratoria, y tanto como sobresale y predomina sobre la materia el espíritu en el organismo humano, tanto debe predominar y sobresalir la filosofía sobre la retórica en la oratoria ; pues si el alma separada del cuerpo puede vivir, aunque sea una vida incompleta, el cuerpo sin el alma es un cadáver privado de las iluminaciones del espíritu y del calor y el movimiento de la vida. El orador que sea filósofo solamente, tal vez podrá degenerar en severo y árido escolástico, aten-

to sólo á la precisión del lenguaje y al rigor dialéctico de su argumentación. El orador que desconozca ó desprecie la filosofía, degenerará seguramente en charlatán, dejará de ser *orador*, para convertirse en *retórico*, en la acepción socrática de la palabra.

Y es que la filosofía, ciencia de las causas, no sólo nos da el conocimiento racional de Dios, del hombre y del mundo, y nos enseña el arte del discurso en su lógica y la naturaleza del lenguaje en su gramática general y hasta las mismas reglas de la retórica, sino que, elevando el corazón y la mente del orador con el temple que da su estudio, comunica á su vista la fuerza del águila caudal, para fijar su pupila en el foco mismo del sol, y da impulso poderoso á su genio, para colocarse de un salto en la cumbre de todas las cuestiones; y mientras el orador retórico revolotea como mariposa fugaz de flor en flor por entre los arbustos de un jardín, el orador filósofo se remonta á las nubes, contempla en su misma fuente la luz, y se cierne como el condor sobre las cimas excelsas de los Andes.

Así lo reconoció la antigüedad por boca de sus más afa-
mados filósofos y oradores. Todas las teorías que sobre este
punto explanó Platón en sus Diálogos inmortales, se redu-
cen á que, siendo ideas innatas en la humanidad lo bueno,
lo verdadero y lo bello, el orador debe conocerlo como filóso-
sofo y practicarlo como justo, á menos de convertir su arte
en una rutina miserable, en una baja adulación de las pa-
siones rastreras de la multitud envilecida, arte, dice el filóso-
sofo, que sea, respecto de la verdadera elocuencia, lo que
el arte *Opsonica* respecto de la medicina, lo que la cos-
mética respecto de la gimnástica, y lo que la sofística res-

pecto de la filosofía; engañosa ficción y perjudicial apariencia, tan distante del arte divino de la oratoria, que le obligó á afirmar por boca de la razón, simbolizada para él en Sócrates, que sólo puede ser perfecto orador el perfecto filósofo. Y lo que acerca de lo mismo dijo Cicerón, ¿quién sería capaz de compendiarlo? Es verdad que á primera vista parece que coloca la oratoria sobre la filosofía; pero es que para él el orador tiene que poseer la ciencia del filósofo, al paso que entre las dotes del filósofo no halla de rigor la elocuencia. Por eso protesta contra semejante separación, y otorgando la palma al orador que conoce la filosofía, consiente en que se le bautice con el nombre sintético de filósofo. Por eso aseguró en sus tratados acerca del orador, que *sin la filosofía nadie puede ser elocuente*, no sólo porque nada puede saberse «de la vida, de los deberes, de la virtud y de las costumbres, sin un gran estudio de la filosofía,» sino «porque sin esta ciencia, como añade en otro lugar, nada de lo que pertenece á la Religión, á la muerte, á la sociedad, al amor de la patria, á las virtudes, á las obligaciones, al dolor, al deleite, á las pasiones y afectos del alma, puede tratarse con majestad, amplitud y riqueza;» lo que repetidas veces nos confirma con el ejemplo de los más renombrados oradores, que no hicieron consistir la elocuencia «en el ruido y torrente de las palabras,» ni habían aprendido la oratoria en «los gritos de ningún hablador que midiese el tiempo por la clepsidra,» sino en el estudio de los más afamados filósofos de la antigüedad, como Pericles en el de Anaxágoras, Demóstenes en el de Platón, Isócrates en el de Sócrates, y con su mismo ejemplo además, pues, como confiesa con humildad orgullosa, no sacó los primores de su

elocuencia *de las oficinas de la retórica, sino de los jardines de la Academia.*

No hay duda : el símbolo de esta doctrina nos lo dejó la antigüedad en la alegoría desenvuelta en uno de los diálogos de Platón. Sócrates reduciendo al silencio por la contradicción á Gorgias, es el triunfo de la filosofía sobre la retórica en las luchas de la elocuencia.

Por eso la retórica, invadiendo los dominios de la filosofía, aspiró á contenerla en su seno, y si puso al lado de la pronunciación de las palabras y de la acción de los movimientos la invención de las razones y la disposición de las pruebas, extendiendo el objeto de la oratoria á convencer, agradar y conmover para persuadir á la acción, el genio superior de San Agustín enlazó con la unidad de su principio la variedad de sus divisiones, en aquella sublime fórmula en que señaló el fin inmediato de la elocuencia : *Ut veritas pateat, ut veritas mulceat, ut veritas moveat.*

¡La verdad !; esto es, la realidad ; la verdad objetiva, metafísica y trascendental ; la ecuación del ente con su arquetipo, con su ideal, con la palabra creadora de Dios, con el mismo Verbo Divino; aquella cuya ecuación con el entendimiento produce la verdad subjetiva, lógica y formal, cuya expresión sincera constituye á su vez la verdad moral de la palabra, siendo todas el alma generadora de la elocuencia que, según se desprende de la doctrina de Platón, de Aristóteles, de Cicerón, de San Agustín y de Santo Tomás, nos atreveremos á definir *como el arte de manifestar por la palabra la belleza de la verdad, para que la voluntad la quiera como su bien.*

Que si Dios, verdad eterna, bondad infinita y belleza

absoluta, ha impreso el reflejo de estos tres divinos atributos de su naturaleza divina sobre las propiedades trascendentes de todos los seres, el hombre, centro y cifra de la creación, é imagen de la esencia divina, reconoce en cada ser su grado propio de verdad, de bondad y de belleza, y mientras que con su entendimiento, impresión y participación del entendimiento divino, penetra en la verdad de cada ser, y asciende por su conocimiento á las verdades superiores, en busca del bien que en cada una de ellas disfruta, hasta anegarse en la posesión del Sumo Bien en que descansa, suelta enajenado su voz, presa del delirio que atribuyó la antigüedad al amado de las musas, para expresar con el himno purísimo de su amor la belleza de la verdad que contempla, el deleite que su percepción le produce, y convidar á todos los seres de la creación á embriagarse en el torrente de las celestiales delicias, trepando por la escala de la contemplación, que sube desde los últimos efectos de la tierra á la primera causa de los cielos.

Por eso la Iglesia, que arranca, tanto sus dogmas como sus disciplinas é instituciones, del fondo mismo de la naturaleza de las cosas, cuando instituyó la *Orden religiosa de Predicadores*, esto es, de oradores sagrados, dió por destino y misión á su palabra un fin tan en armonía con las necesidades de la Religión como con las exigencias de la estética. *Contemplata aliis tradere*; y siendo la teología con que informa su discurso el orador sagrado una filosofía revelada, ó, mejor, completada con la luz sobrenatural de la revelación, siendo las verdades que enseña y las realidades de que trata la *Suprema Verdad* y el Ser *Realísimo* por esencia, y teniendo su estudio por fin el conocimiento de Aquel que es

el ideal eterno de todos los seres, la causa de su bondad, de su verdad y de su belleza, ¡qué no dirían los grandes genios del arte que tanto pregonaron las excelencias de la filosofía moral en la oratoria, de esta otra filosofía divina, que con la antorcha de la fe alumbró el espíritu y el corazón del hombre, y con la mano misma de la razón descorrió el velo del santuario!

Sin duda alguna, Señores, el genio de Sócrates y de Platón; como el de Cicerón y de Aristóteles, postrados ante los cielos entreabiertos, saludarían enajenados en la *Reina de las ciencias*, á la más pura fuente de inspiración para la *Reina de las artes*, dándonos con una de sus fórmulas sublimes la ley de la relación entre ambas soberanías.

Ellos nos manifestarían por sobrehumana manera cómo, siendo la belleza para Platón el *esplendor de lo verdadero*, no puede haber belleza superior á la que irradian las verdades eternas, y cómo, si pudo afirmar San Agustín que la hermosura es el *esplendor del orden*, apenas habrá quien pueda resistir los fulgores y rayos que despiden el orden armonioso de la creación y la admirable economía del plan divino: ellos nos mostrarían, en suma, que si, según San Buenaventura y Santo Tomás, es condición precisa de la belleza concentrar lo vario en lo uno, la posee como nadie en la tierra la ciencia que lo ve todo en Dios; y si es la mayor perfección de esta belleza, según el sentir de Kant y Hegel, ostentar lo infinito en lo finito, nadie podrá superar á quien, con la celeste potencia de su visión, ve clara y distintamente á Dios en todo.

¡Que no fué vana alegoría, por cierto, aquella en que la inspiración maravillosa del Dante, que informó con la

ciencia de Santo Tomás la gigante elocuencia de su poema, nos mostró en la sublime aparición de su *Paraíso*, con las formas radiantes de Beatriz

«*Vestita di color di fiamma viva,*»

á la teología escolástica, que, separándole ya de la filosofía moral, simbolizada en Virgilio para acompañarle por los tenebrosos antros del dolor, conduce al poeta á través de las moradas celestiales, para inspirar su musa imperecedera con la visión de la esencia divina!

La belleza increada de Dios se refleja en la mirada brillante de Beatriz, que, á medida que asciende por las esferas celestes, se transfigura y resplandece más, tornándose más encendida y luminosa. El poeta baja la vista á veces, deslumbrado por el fulgor de la luz eterna que despiden los ojos de la hermosa aparición que le guía, y ella le explica el brillo de su mirada celestial en el esplendor de las verdades que contempla en la llama viva de amor que la ilumina y que la abrasa, y que nos explana después en sus sublimes tercetos el poeta :

«Si en el fuego de amor te centelleo
Con luz mayor de la que el hombre alcanza,
Y ciega así la de tus ojos veo,

No te asombres, procede esa pujanza
De perfecta visión, que, en cuanto aprende,
Hacia el bien que aprendió, veloz se lanza.

Ya viendo estoy que en tu intelecto prende,
Y en él aquella eterna lumbre luce,
Que siempre amor, con sólo verla enciende.

Que si otra cosa vuestro amor seduce,
Es sólo algún vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce ¹.»

No cabe, como véis, Señores Académicos, formular mejor mi pensamiento. La Oratoria sagrada vive y se agita en las regiones de lo bello; el brillo que despiden los asuntos de la elocuencia profana son pálidos reflejos de algún rayo perdido de aquella luz.

«..... Vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce.»

Y si las condiciones objetivas de esta oratoria la colocan, como hemos visto, sobre todas las demás elocuencias, sus condiciones subjetivas alcanzan no menor grado de poder y de eficacia.

Sabéis que el mundo del orador, aquel en que, como un Dios, debe dominar á su antojo, se divide en tres partes: el asunto, el orador y el auditorio. Del asunto acabamos de hablar: del orador pocas palabras bastarán para dejar probada nuestra tesis. Porque si es para vosotros innegable que la belleza moral se refleja en la belleza física del orador, y que un hombre que habla es un alma que vibra, porque de la abundancia del corazón habla, á veces hasta á su pesar, la boca, y si la autoridad del orador descansa en la idea de su virtud que le acredita y nos da el testimonio de su sinceridad, ¿qué duda cabe que tenia razón la antigüedad, exigiendo por boca de Sócrates y de Cicerón, la práctica de la

¹ Hemos preferido para esta cita, un tanto abstrusa, en vez del texto italiano, la correcta é inspirada versión del señor Conde de Cheste.

justicia para ser orador, y definiéndole por labios de Catón:
Vir bonus dicendi peritus!

Y no creáis que los oradores corrompidos que entre las impurezas de la realidad nos muestra tan á menudo la Historia, sean contradicción palpable de este aserto, porque estos oradores, ó sólo merecieron el nombre denigrante de *retóricos*, ó dejaron su corrupción en las gradas mismas de la tribuna. Así nos lo confirma Lamartine cuando, hablándonos de Mirabeau, nos asevera que «si cuando se hallaba al pie de la tribuna era un hombre sin pudor ni virtud, en cuanto subía á ella se convertía en un completo hombre de bien.»

Y si esto no sufre contradicción, por su palpable evidencia, decidme: ¿á dónde habrá belleza, autoridad y crédito mayor? ¿dónde más garantías de sinceridad que en el orador sagrado, que, poseído de la divina locura de la Cruz, realiza el ideal perfecto del cristiano, abandona todo lo terreno, y se niega á sí mismo para dar testimonio con su vida, y pronto á darlo con su muerte, de la verdad que predica con su palabra?

¿Y por lo que mira al auditorio? ¡Ah, Señores! Permittedme que abra mi pecho para dar salida á la convicción que abrigo, por más que parezca una paradoja lanzada al rostro de la realidad, en medio del positivismo práctico reinante.

Yo he visto á la multitud en el templo, agrupada al pie de los altares para oír la voz del enviado del Señor. Yo la he visto acudir allí, no congregada por la pasión, por el interés ni por la consigna, sino por la voz secreta del deber, por las tribulaciones de la vida, cuando más por el aliciente de la curiosidad; allí iba cada cuál con su dolor, con su cruz, con

sus pasiones más ó menos encadenadas, pero prontas todas á la rebelión y al alzamiento contra la virtud y la razón: también he visto deslizarse por entre la muchedumbre al incrédulo que, mirando con desdeñosa lástima al pecador, se apoyaba impasible contra los pilares del santuario, y cuando el sacerdote, separándose del altar, impregnado todavía de la presencia de Dios, subía á la Cátedra del Espíritu Santo, y con el acento de la caridad, realizado por el aspecto paternal de la ancianidad venerable, en medio del solemne recogimiento de los oyentes y del misterio de las sombras que velaban los secretos de su pudor, exclamaba: «Hermanos míos en Jesucristo,» he visto doblegarse todas las cabezas, como á la voz amiga de un padre abandonado que se queja dulcemente de nuestro olvido; y si el orador lo era de verdad, al desarrollar el plan sublime de Dios, su amor solícito por las almas y los misterios de su pasión dolorosa; al desplegar ante los ojos de su auditorio los maravillosos cuadros de la omnipotencia y la misericordia de Dios, del Verbo encarnado pendiente de la Cruz, de la Virgen Madre á sus pies, de la Iglesia luchando en el tiempo para triunfar en la eternidad; al verle llevar con tanta suavidad como firmeza la mano á cada una de las llagas del corazón, para ungirle con el bálsamo de los divinos consuelos; al escuchar sus voces amorosas de pastor llamando al redil á la descarriada oveja, he oído los sollozos crecientes de la multitud, y he sorprendido en los áridos ojos del escéptico la lágrima brotada del corazón, en su rostro, impasible al principio, suceder al mal reprimido disgusto la sombría y reconcentrada reflexión, para dilatarse, finalmente, con los rasgos expansivos de la ternura, y flaqueando sus

rodillas al empuje de su emoción vencedora, irse inclinando lentamente, hasta poner su frente en el polvo y su mano en el corazón, exclamando desde lo más profundo de su alma: «¡ Señor, Señor! ¿por qué me has abandonado?»

Que el hombre, alma desterrada en la tierra, peregrino errante por el desierto de la vida, incierto sobre su origen, sobre su naturaleza y sobre su fin, siente en su seno la sed inextinguible de la verdad, busca con avidez la revelación de sus destinos, y después de prestar oído atento á todos los ruidos de la naturaleza que le rodea, después de reconcentrarse en sí mismo, para interrogar el grito interior de su conciencia y de escuchar las grandes voces de la Historia, conoce que hay un Dios que le ha creado para su bien, comprende que este Dios no puede haberle dejado abandonado en el mundo á merced de los errores que han de arrastrarle inevitablemente á su mal, y tiende ansioso el oído á toda palabra que resuena con el acento de la inspiración, esperando encontrar el oráculo que le trasmita el tesoro de las verdades divinas. La voz del hombre que le habla con la autoridad de su misión, de su inteligencia y de su saber, le subyuga; y si esta voz, al mismo tiempo que le presenta con la verdad el bien, le deslumbra con la espléndida luz de su belleza, enseñándole en todo su ideal la realidad del ente en que se unen, conmueve tan poderosamente su voluntad con el amor, que, entregándose todo entero á sus mandatos, funde su alma con el alma del orador en el solemne y misterioso abrazo que constituye el soberano triunfo de la elocuencia y el misterio sublime de la palabra.

La Historia lo confirma con el testimonio de todos los siglos y regiones y con el ejemplo de las teogonías más di-

versas. Buda dirige su voz á los hijos de Brama y de Maya, y ante la palabra del «Enviado,» las castas sacerdotales que custodian la verdad sagrada en el misterioso sentido de los Vedas, se estremecen, y el Asia entera abre su corazón á las revelaciones de la nueva doctrina. Confucio enseña su moral en el seno inerte de la inmóvil y petrificada China, y los hijos del Celeste Imperio abrazan las enseñanzas del «Preceptor de todos los siglos.» Zoroastro levanta su voz en la Bactriana, y el luminoso Ormud recibe el homenaje de la adoración por toda la Persia. Pitágoras comunica sus enseñanzas esotéricas en Crotona, y ejerce el influjo de su poder en las colonias más florecientes de la Grecia. Sócrates habla en Atenas, y, enmudecidos los sofistas, se inicia la gran restauración socrática de la filosofía helena, de cuyo seno han de brotar las enseñanzas divinas de Platón y las eternas de Aristóteles, cuya voz escucharán con avidez hasta su consumación los siglos.

Y mientras los Hierofantes, teósofos, videntes y filósofos de la antigüedad conducen á los pueblos gentiles con el báculo de su palabra de un error á otro error, en pos de la eterna luz de la verdad, que reclama imperiosa desde el seno de sus tinieblas el alma, sin satisfacer nunca su conciencia, la voz del enviado de Dios, que resuena sin cesar en la Historia, aquieta y satisface cumplidamente esta sed con la contemplación de aquella sublime realidad, cuya consonancia con nuestro espíritu hace que repose tranquilo en su visión, confirmando aquella profunda sentencia del apologista : *El alma es naturalmente cristiana.*

¡Ah, Señores! ¡Quién me diera el arpa de David, la suave lira de León ó los inspirados acentos de Granada,

para presentaros el cuadro sublime de esta elocuencia y cantaros las maravillas de la palabra de Dios en la Historia!

¡Cómo deciros los misterios de la revelación primitiva entre las vírgenes grandezas de la creación, en el secreto coloquio del Paraíso, la voz augusta de la tradición resonando bajo las tiendas de los Patriarcas, el acento de la Divinidad entre los truenos y relámpagos del Sinaí, el grito sublime de Josué parando al sol en su carrera, la voz solemne de aquellos Profetas cuyos labios agita Dios en sus éxtasis con su soplo, como si fueran un instrumento ó una flauta, según la hermosa expresión de un apologista!

Entonces os haría escuchar la *voz clamante en el desierto*, anunciando, entre el estrépito y la charla de los múltiples dioses del Olimpo, entre las disputas de los retóricos y sofistas, entre los clamores de fariseos, esenios y saduceos, en medio del silencio profundo de la verdad, la encarnación de la Palabra divina; desplegaría á vuestros ojos los misterios de la sublime Redención del hombre, á esta palabra, que *se hizo carne para conversar con nosotros*; os contaría sus disputas con los doctores de la ley, sus parábolas admirables, cómo se preparó para predicar con el ayuno en el desierto, y cómo rechazó las tentaciones del espíritu de la mentira y del mal, diciéndole: «Escrito está: no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios;» veríais cómo, al eco potente de aquella voz, se calman las aguas y los vientos, suelta el sepulcro su presa, el demonio sus víctimas, el cuerpo sus dolores, sus pasiones el alma, y cómo, resonando desde la Cátedra de la Cruz, elevada entre la tierra y el cielo, sobre el horizonte de la humanidad, en medio de los tiempos y á la faz de todas

las naciones, pronuncia aquella palabra de reconciliación tan prometida y tan esperada, aquella palabra final que ha de estremecer los fundamentos de la tierra, romper el cetro de la muerte, forzar las puertas del infierno, y descoger el ceño airado de Dios: *Consummatum est*: Todo está consumado.

Los Apóstoles, *mensajeros de Cristo*, recogen los ecos de aquella voz que, al ir á perderse en las alturas de la gloria, les da por testamento supremo el encargo de predicarla á todas las gentes; el Espíritu Santo, en forma de ondulantes lenguas de fuego, baja sobre la frente de sus discípulos, y dotados con el don sobrenatural de las lenguas aquellos judíos rudos, groseros é ignorantes, rompen á hablar en todas las lenguas conocidas, predicando la *Buena nueva* á todo el orbe; la Sinagoga, aterrada, mira convertirse á sus hijos á la clara explicación de sus símbolos y figuras y á la palpable realización de sus solemnes profecías; el Areópago siente estremecerse los fundamentos de su religión á la voz inspirada del Apóstol de las gentes, que le anuncia la presencia del Dios ignoto de sus mayores, y Nerón ve vacilar el trono de los Césares á los rudos acentos del Pescador de Galilea, que pone con su última palabra la primera piedra del solio eterno de los Pontífices. El bárbaro, el griego y el judío; el que mora en los suntuosos palacios de la ciudad y el que habita en carros y tiendas movedizas, oyen la palabra de Dios: los cristianos, desconocidos ayer, pueblan las villas, las islas, los castillos, el ejército, el Senado y el Foro; sólo desdénan ocupar los templos, y San Pablo, asegurándonos á los pocos años de su predicación que «el Evangelio se había predicado á todas las criaturas que había debajo

del cielo y que en todas había fructificado,» nos manifiesta el rápido y asombroso cumplimiento del vaticinio de Isías «En los confines de la tierra oímos las alabanzas del Justo.»

Los Apóstoles no predicán con la elocuencia que dan las letras y la retórica del siglo, sino con la elocuencia de la verdad y la gracia divina: «Tosco en mi lenguaje, mas no en el saber,» «no vine con sublimidad de palabras ni de sabiduría á anunciaros á Jesucristo,» dice San Pablo, «porque yo sólo he creído saber entre vosotros á Jesucristo Crucificado,» «para que vuestra fe no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios;» y al eco de esta palabra que, revestida con las preesas del cielo, desdeña las galas de la tierra, la hoguera del sensualismo se apaga, la poligamia se destruye, se derrumban las aras de los ídolo, y la Cruz, ignominioso suplicio del Esclavo, elevada en el Lábaro de los Césares, se enseñorea del universo.

En vano los dioses del paganismo llamarán en su auxilio á los verdugos y á los retóricos; la lengua de los sofistas se desgarrará, como la de Nicómaco, al declamar contra las verdades divinas, y los mártires, haciendo de cada dolor una palabra, y una tribuna de cada potro, convertirán en catecúmenos á los sayones.

Cuando, abandonando las Catacumbas, los monjes huyan de la civilización pagana al Desierto, esperando la hora en que hagan surgir del seno mismo del Desierto la civilización hija de la Cruz, los arenales del Asia y del Egipto se poblarán de anacoretas penitentes, que, vestidos de hojas de palma y morando en las grietas de las peñas, predicarán, desde lo alto de las columnas olvidadas por el tiempo entre las ruínas, las maravillas de la palabra de Dios á todas

las criaturas de la naturaleza que silenciosa los rodea. El árabe ó el sirio que atraviesa errante aquellas vastas soledades, se detiene sobrecogido de admiración, al oír el armonioso concierto de sus himnos que brotan, en las noches serenas, del fondo de aquellos derruídos templos, habitados de nuevo por los dioses. El filósofo que, aguijoneado por la curiosidad, se internó en el desierto para oír la palabra de estos solitarios, renuncia al aplauso de las escuelas y se alista en las filas de la milicia sagrada. La cortesana que, estimulada por la vanidad y por el oro, se comprometió á seducirlos, desplegando á los ojos del solitario sus fascinadores atractivos, herida por el rayo de su palabra, deja sus galas por el sayal, y, sepultándose viva en una tumba, trueca la hermosura perecedera de su cuerpo mortal por la belleza eterna de su alma. Las ciudades más populosas los ven aparecerse como espectros en medio de sus plazas, y escuchan aterradas el formidable tronido de su voz, que confunde á los secuaces de Arrio en la ciudad de los Tolomeos y defiende á Antioquía de los furores de Teodosio, ó miran, como Roma, salir de los arenales de la Frigia al heroico monje Telemaco, para arrojarle entre las espadas de los dos últimos gladiadores de su circo, cerrando con su cadáver, en aquel sublime martirio, el inagotable manantial de sangre que fluía de las arenas del Coliseo.

¡Ah, Señores! *Multitudinem quis enarrabit!* ¡Quién podrá contar la fuerza y la multitud de los oradores sagrados, desde los apologistas á los Santos Padres, á los Doctores y á los Predicadores, desde San Atanasio á Bossuet, desde San Agustín á Fenelón, desde San Jerónimo á Granada! ¡Quién encerrar en los estrechos límites de un discurso la voz de los

monjes de Occidente entonando sus cánticos á Dios en el interior de las selvas, á cuyos ecos acudían mansas las fieras y arrepentidos los bandoleros, para roturar los bosques y desecar los pantanos, para edificar los puentes sobre los ríos y las hospederías en los desiertos, y para elevar el monasterio donde, á la luz de la lámpara del santuario, aprendió á deletrear sobre los monumentos de la antigüedad la nueva Europa, en medio del sepulcral silencio de la noche de la barbarie, y entre el estruendo y tumulto de las armas de los siglos de hierro! ¡Quién haceros oír la voz de los frailes mendicantes arrojando, con los tesoros de Platón y las riquezas de Aristóteles, las verdades del Evangelio á la juventud estudiosa apiñada sobre la paja de las escuelas! ¡Quién explicaros los portentos de su palabra en las misiones, llamando con su voz tonante al hombre de los bosques y las cavernas, desde las degradaciones de la bestia á las contemplaciones del ángel! ¡Quién recordaros los grandes oradores de estas milicias que civilizaron á Europa con la Cruz y la roturaron con el arado! San Bernardo, que llena con su voz todo su siglo; San Francisco, heraldo que proclama *el gran Rey* á todas las criaturas; Raimundo Lulio, que levanta su voz vibrante como un clarín, en medio de la Cristiandad consternada; San Francisco Javier, que conquista más pueblos con sola su palabra á la fe, que los que le hicieron perder las mil lenguas de la herejía; y en medio de todos, Santo Domingo de Guzmán, el gran Apóstol de la Cristiandad, el fiel martín, celoso guardador de la fe, que, recogiendo de manos de los Santos Apóstoles el Evangelio y el cayado, y de sus labios la vocación de su destino en aquel célebre mandato, *Vade et predica*, pone fuego al mundo con su predicación, y

hace surgir de la tierra, hiriéndola con su sandalia, el innumerable ejército de la *Orden de Predicadores*, que, con el fuego ardiente de su inspiración ó con la celeste serenidad de su palabra, evangelizan todo el Norte como San Jacinto, arbitran la suerte de los reinos de Europa como San Vicente Ferrer, establecen el reinado de Jesucristo en pleno renacimiento como Savonarola, realizan los sueños de Colón con Fr. Diego de Deza, reivindicán los derechos del hombre sobre la frente del salvaje como Las Casas, y elevan, sobre el ronco clamor de todos los errores y sofismas convocados de Oriente y de Occidente, la voz perenne de la verdad como el Ángel de las Escuelas.

¡Que siempre, en todos los tiempos, á través de todas las regiones, en medio de todos los climas, lo mismo entre las corrupciones de la civilización que entre los tormentos de la barbarie, aparece el hombre de la palabra de Dios, el misionero, descalzo, cubierto con un tosco sayal, con el báculo del peregrino en la mano, con el amor á sus semejantes en el corazón, pronto á dar testimonio de su palabra con su sangre, y lo mismo sentado sobre las piedras cubiertas de musgo de las antiguas ruínas que á orillas de los grandes lagos, que sobre el tronco añoso caído á impulsos del huracán en el interior sombrío de las selvas, en la proa de la carabela perdida en el inmenso mar, en las chozas de corcho de los salvajes, sobre las cátedras de las escuelas, en las cámaras de los palacios y en los calabozos de las cárceles, hace resonar con su voz las cuerdas vibrantes de la elocuencia que ineludiblemente palpita en la palabra del Apóstol, rebosando unción y caridad, desinterés y convicción, cuando llama con reclamo amoroso al alma perdida entre las sombras

de la confusión y de la duda á los campos de la morada celestial, donde reside el Sumo Bien por que suspira.

Perdonadme, Señores Académicos, esta prolija digresión en que mi espíritu, asomado á los horizontes de la elocuencia, ha ido arrastrado, de evocación en evocación, por todos los ámbitos de su Historia. Ella os habrá confirmado tal vez la evidencia de lo que hemos proclamado al principio, el inmenso poder de la palabra, sobre todo de la que pronuncia en nombre de Dios el enviado del Altísimo entre los hombres, y os hallaréis en mejor disposición de ánimo para comprender cuánto pudo ser el poderoso influjo de Granada, heredero de estos predecesores, y hablando de estas imperecederas verdades, en la España del siglo xvi.

Porque, no hay que dudarlo, Señores: el siglo xvi fué la edad culminante de España, el apogeo de su poder; porque en ella llegó á su grado máximo el principio á que debió su formación, su unidad, la misión providencial de su destino.

Cuando Dios, según la terrible expresión del Profeta, dió un silbido para congregar á las gentes del Aquilón sobre el corrompido coloso del Imperio que había ya llenado su misión cumplidamente en la Historia, tres elementos se encontraron en el teatro de la catástrofe, que acabaron al fin por combinarse en el supremo organismo de la Cristiandad: los bárbaros, el Imperio y la Iglesia.

En Italia, según el sentir de los historiadores, prevalecieron, como era natural, las formas de la civilización romana, á que debía su esplendor; en Francia y Alemania los bárbaros implantaron con mayor fuerza el espíritu individualista y feudal de que venían animados, mientras que

en España, menos poderosos estos elementos que el eclesiástico, recibieron más pronto y de una manera más eficaz el sello de la Religión que les impuso con mano paternal la Iglesia, y que atestiguan, como gloriosos monumentos de nuestra civilización, los memorables Concilios de Toledo.

Por eso cuando la barbarie, saliendo de nuevo de sus desiertos de hielo del Norte y de las arenas abrasadas del Mediodía, vuelve á llamar á las puertas de la civilización cristiana, el Islamismo sucumbe al cabo á manos de la nación española, mientras que la Reforma triunfa en Alemania y penetra en Francia, siendo Italia la arena en que España riñe sus últimas batallas, en defensa del *Palladium* de la civilización europea.

La múltiple variedad de tribus aborígenes y colonias griegas y africanas unificadas por la Cruz en la antigüedad, y fundidas con las razas del Norte en el seno de una nación por el báculo de los Obispos, más aún que por la espada de los guerreros y que por el cetro de los Reyes, hacen en tal manera de la fe la forma sustancial de su organismo, que ni sin ella se comprende su existencia como nación, ni sin la nación se alcanza, dados los trazos de la Historia, cómo pudo salvarse humanamente la fe en los días críticos de la Edad Moderna.

El cántabro feroz, el formidable astur, el almogávar indomable, que, custodiando las sagradas reliquias en las cuevas de sus inaccesibles montañas, descendieron por las faldas del Pirineo para pelear con el árabe mahometano, como antes habían peleado con el godo arriano y con el romano politeísta, alistados ya en los invencibles tercios españoles, son los héroes de aquella inmortal epopeya, es-

crita con sangre para siempre en las páginas de la Historia, contra el germano protestante sobre las nebulosas márgenes del Elba, y contra el turco infiel en las hirvientes aguas de Lepanto.

Con razón ha dicho un profundo escritor que veo sentado entre vosotros, que fué en suma de suyo grande y magnífico el siglo xvi, porque condensó en él todos los esfuerzos públicos ó latentes de la Edad Media ¹.

La Historia de España, durante esta Edad, es la epopeya gloriosa de una Cruzada permanente. En medio del estruendo y del fragor de la lucha por la fe, prepara misteriosamente la Providencia sus caminos, y sólo cuando suena la hora solemne señalada por Dios en la Historia, se comprende toda la trascendencia del continuo guerrear de ocho siglos por la Cruz, desde Pelayo á Isabel la Católica; el irresistible impulso que llevaba las galeras de Aragón á las costas italianas; el ansia de expediciones náuticas que hizo de Portugal *la nacion sabidora en el descubrir*; el fervor religioso que hizo expulsar de nuestro seno á los eternos enemigos de nuestra nacionalidad, atentos á aprovechar toda ocasión favorable de herirnos por la espalda; la supremacía del poder real sobre el feudalismo español y sobre las comunidades populares, y hasta la muerte en flor del Príncipe heredero de los Reyes Católicos, causa de la providencial alianza de las coronas de Castilla y de Aragón y del Sacro Romano Imperio sobre las sienes de Carlos V.

En efecto : la eterna lucha entre el Oriente y el Occi-

¹ El Sr. Cánovas del Castillo.

dente, que ya nos predice en una de sus más célebres maldiciones la Biblia, y que inicia Grecia bajo los sagrados muros de Ilion, para terminarla en las memorables jornadas de Maraton, de Salamina y de Platea; la lucha religiosa, científica, artística y social entre el panteísmo fatalista y el antropomorfismo espiritual, que hace del Occidente el pueblo preparado por Dios para recoger la herencia del Oriente desheredado por el deicidio; la lucha entre la civilización asiática con sus castas y con sus déspotas, con sus eunucos y serralllos, y sobre todo con su esclavitud, y la civilización europea con sus santos, sus magistrados y sus filósofos, sus caballeros, sus damas y sus ciudadanos; la lucha en cuya variada historia figuran, como otros tantos luminare que alumbran la marcha de la humanidad, los nombres de Sócrates y de Fidias, de Alejandro y de Santo Tomás, de Pelayo y Carlos Martel, de las guerras médicas y de las Cruzadas; la lucha que tiene, ya á Homero, ya á Tasso, por cantor, va á reanudarse de nuevo en Europa en el seno mismo de la Cristiandad, presentando con el símbolo de la Media Luna, á la civilización hija de la Cruz, la más formidable de sus batallas.

Los soberbios Osmanlis, conquistadores de *la Madre del universo*, que había preferido ver triunfante en Bizancio el turbante del Gran Turco á la Tiara del Pontífice, invencibles por mar hasta entonces, ponen sitio por el Tirreno y el Adriático á la ciudadela del Pontificado, y avanzan amenazadores sobre el corazón del Imperio, el alma y el cuerpo de la Cristiandad en la Edad Media, al tiempo que los corifeos de la Protesta, encendiendo la guerra intestina enfrente de la extranjera, se ligan con los modernos bárba-

ros, como reconociéndose hijos de un mismo espíritu, mientras el *Monarca defensor de la fe*, y el *Cristianísimo primogénito de la Iglesia*, anteponiendo su liviandad cruel y sus rivalidades personales á los intereses de la civilización, hacen causa común con ellos; y, ¡triste espectáculo por cierto, aunque excepcional por fortuna!, algunos de los soberanos de la misma Roma, obcecados por su amor á la independencia de Italia, que tan mal había de pagarles Italia en lo sucesivo, parecen contrarestar, como Reyes, los intereses que defienden como Pontífices.

Entonces fué cuando Dios, que se había preparado, en el secreto de sus designios, un pueblo, premió su fe y su virtud, constituyéndole en caballero mantenedor de la Religión, y para que saliera gallardamente con su empresa adelante, derramó sobre él el soplo de su gracia, poblándole de santos, héroes y genios, como nunca los soñó iguales nación alguna en tan corto período de su Historia. El siglo de Pericles en Grecia, el de Augusto en Roma, el de Luís XIV en Francia, apenas pueden competir con el siglo que, más que de *la Reforma* ó de *León X*, merece el nombre de *Siglo de Oro de la Civilización Española*.

Desde que la toma de Granada pone fin á nuestra gloriosa reconquista hasta que la anexión de Portugal completa nuestra unidad nacional; desde el descubrimiento de América hasta la publicación del *Quijote*; en el espacio que media entre la expulsión de los judíos y la expulsión de los moriscos, es decir, en el corto espacio de poco más de cien años, España realiza tal número de epopeyas, que, no habiendo hallado aún Homero digno de cantarlas, parece, cuando se las encuentra dispersas por las crónicas, que sueña

delirante la cabeza, excitada por los efluvios del corazón henchido del amor patrio.

Que ensueños y no otra cosa parece la Historia de aquella España que, después de haber contrabalanceado con su valor el poder de Roma y de Cartago; después de haber asombrado al imperio con el esfuerzo de sus mártires, con el saber de sus filósofos, con la inspiración de sus poetas y con el genio de sus Emperadores; después de haber iluminado la Cristiandad con el reflejo de su brillo en el siglo de oro de la España goda, reducida por la traición á los tenebrosos antros de una cueva, desciende como un alud de las nevadas montañas del *País de los torrentes*, y arrollando al África y al Asia y á Europa entera en ocasiones, hace del Mediterráneo un lago español que no pueden surcar los peces si no llevan sobre sus escamas las barras de Cataluña, asombra con el estruendo de sus espadas, que *despiertan* chocando sobre la tierra, las regiones clásicas de Italia, de Grecia y del Oriente, arranca del cielo de la victoria el astro de la Media Luna para hacerlo trofeo de sus plantas, y rompiendo las columnas de Hércules que cierran el paso á la impetuosidad de su genio, cabalga sobre las tempestades del ignoto Océano, hace del Nuevo Mundo una simple colonia española, y engarza el sol en la corona de Castilla, para que alumbre sin cesar los dominios que rige el poderoso cetro de sus Monarcas.

Y mientras ante la proa de las carabelas españolas surge de entre la bruma de los mares América dormida entre sus ondas, Vasco de Gama, venciendo el poder de Adamastor, dobla el Cabo de las Tormentas; Vasco Núñez de Balboa saluda desde las cumbres del Darién el gran Océano

Pacífico, y se entra armado por sus aguas, tomando, espada en mano, posesión del mar del Sur, en nombre de los Monarcas españoles; Magallanes rompe con la cortante proa de sus naves el estrecho que ha de unir el Oriente con el Occidente; Orellana se abandona á la vertiginosa corriente del Marañón hasta el Atlántico; Solís remonta animoso el curso del río de la Plata; Pinzón descubre el Brasil, y, atravesando el Ecuador por el lado Occidental del Atlántico, contempla atónito las maravillas celestes del nuevo hemisferio, y mientras Hojeda, Pinzón, Cabral, Almeida, Alburquerque, Ponce de León, Alvarado, Quirós y tantos otros registran los senos del planeta, El Cano graba con la acerada quilla de su *nao* inmortal alrededor de la tierra el lema de su blasón nobiliario: *Primus circumdedisti me*, simbolizando de una manera sublime, según la hermosa expresión de nuestro Balmes, que la civilización española tomaba posesión del Universo.

Época verdaderamente maravillosa, Señores, en que mientras nuestros audaces investigadores arrancan á la naturaleza sus secretos, completando el conocimiento del planeta, nuestros insignes capitanes, paseando en pos de ellos victoriosos los blasones de Aragón y de Castilla, sujetan al yugo español la mayor parte del universo; pues apenas caía en nuestro poder el último baluarte de la morisma española con la rendición del reino de Granada, el reino de Nápoles venía á consolidar nuestra influencia en Italia, Navarra completaba nuestra dominación en el Norte de la Península, Orán aseguraba nuestro predominio en África, Hernán-Cortés, Pizarro y Almagro tomaban, al frente de un puñado de héroes legendarios, á través de todo género

de imposibles, posesión de los imperios de los Aztecas y de los Incas, el Duque de Alba nos conquistaba á Portugal, y en batallas como las de Otumba, Muhlberg, Túnez, Pavía, San Quintín y Lepanto, aterrábamos á nuestros adversarios con nuestro valor, y hacíamos prisioneros ó vasallos de nuestras armas á los emperadores de Méjico y del Perú, al rey de Francia, á los príncipes soberanos de Sajonia y de Hesse, á los reyes de África, y hasta el mismo Soberano de Roma caía á nuestro pesar en nuestras manos; en tanto que el cetro de Inglaterra venía á ocupar la diestra que regía el cetro español, como la corona de Alemania había venido á gravitar sobre las sienes que ceñía la diadema de San Fernando.

Y todo, todo por el servicio de la fe: que si con las letras y las armas España combatía idólatras en el Nuevo Mundo, mahometanos en África, herejes en Europa, y judíos, moriscos y falsos cristianos en España, aun las guerras y las conquistas que tenían al parecer un objeto más material, como los derechos de una familia, la destrucción de unos piratas ó el comercio de las especias, no reconocían otra finalidad que la salvaguardia de la Religión, el oro necesario para una nueva cruzada, la conversión y el bautismo de los infieles y la defensa de la Iglesia, aun en aquellos mismos instantes en que los hombres que la regían se contaban en el número de nuestros más encarnizados enemigos.

Así Colón, errante sobre la tierra, despreciado por los grandes y escarnecido por los pequeños, sólo amparado por dos frailes, un monje y un Cardenal, abandona la sopa de un convento que como limosna le daba la Religión, y se embarca en las carabelas, que como limosna le daba la Mo-

narquía, más que para abrir nuevos derroteros á la navegación y al comercio, más que para descubrir nuevos mundos, para hallar en los fabulosos tesoros del Katay recursos con qué reconquistar el Santo Sepulcro, y devolver á la Cristiandad su Jerusalén libertada; Isabel la Católica se despoja de sus preciadas joyas con placer, pensando, no en las ocultas riquezas de las minas, ni en mayores dominios que sojuzgar, ni en los nuevos esclavos y vasallos, sino en las tristes almas de los infieles privadas de la luz espléndida de la fe, y Felipe II se opone al abandono de nuestras Islas Filipinas que le proponen sus estadistas más capaces, por no abandonar á los indígenas en brazos del error, salvando así con su *fanática piedad* el más rico joyel de nuestras riquezas coloniales. Por eso el Nuevo Mundo recibe el bautismo de la Religión de manos de nuestros infatigables misioneros, antes que la confirmación de la Monarquía de manos de nuestros heroicos soldados; la Cruz se levanta antes que el pendón real, lo mismo en América que en Granada, para proclamar el reinado de Dios en los dominios del infierno antes que el de los Monarcas españoles en los del salvaje y el moro; Colón pone el nombre de *Santa María* á la primera carabela en que se embarca, y el de *El Salvador* á la primera isla que descubre; la ciudad que los Reyes Católicos improvisan enfrente del último baluarte de la Media Luna en España, tiene por nombre *Santa Fe*; el primer cuidado de Hernán-Cortés en su conquista es levantar el leño de la Cruz sobre las aras de los ídolos en el imperio de Motezuma; Magallanes da el nombre de *Todos los Santos* al estrecho que ha de inmortalizar su nombre; y El Cano, dada la vuelta al mundo, corre á la Iglesia á cumplir

sus votos á Dios y á Nuestra Señora de las Victorias, haciendo así del altar el primero y el último paso de su portentosa jornada.

¡Qué extraño es, pues, Señores, que los que todo lo hacen por la Religión, busquen en la Religión su fuerza, y, como Pizarro, Luque y Almagro, comulguen con una misma hostia partida en tres pedazos, antes de entregarse á los azares de su expedición maravillosa, ó, como Carlos V, señalen por General de sus ejércitos y armadas contra el corsario Barbaroja á Nuestro Señor Jesucristo! Si guerreros tan formidables y capitanes tan temidos como el vencedor de Flandes, de Alemania y de Portugal proclamaban entre la gloria de sus campañas, como pudiera hacerlo el más devoto de nuestros místicos, «que ni aun á trueque de ir al cielo quisieran cometer un solo pecado,» ¡cómo extrañar los soberanos alientos que comunicaba á su corazón el sentimiento religioso, suministrándoles esfuerzo para dar pronta cima y cumplido fin á las más increíbles hazañas! Así, la vista de un crucifijo arcabuceado por los luteranos alemanes en las encrucijadas de un camino del interior de la Bohemia, encenderá de tal suerte el ánimo del Emperador y de sus capitanes españoles, que acaso decida de la suerte de la Cristiandad en la memorable batalla de Muhlberg, y los soldados de D. Juan de Austria, asombrados ante la copia de naves otomanas, sentirán enardecerse su corazón al percibir desde sus galeras, en el instante solemne del acometer, el sordo rumor de la Cristiandad, que desde las remotas playas de Occidente eleva su voz á Nuestra Señora del Rosario, pidiéndole ayuda para nuestras armas, en la más alta ocasión que vieron y verán los siglos.

Suerte verdaderamente excepcional, Señores, es esta de España, por fortuna; pues mientras las glorias de otros países, ó sus hechos más memorables, están en oposición con los intereses ó con los principios de la Religión verdadera, como le sucede á Alemania con su filosofía, á Francia con su revolución, á Suecia y los Países Bajos con su independencia, á Italia con su reciente unidad, en nuestra patria sucede todo lo contrario: todas nuestras hazañas son católicas, y el genio de la gloria que animó á nuestros insignes capitanes é inspiró á nuestros artistas y poetas en sus creaciones más gallardas, lleva en su mano, para mostrarles el áspero camino de la inmortalidad, la clara antorcha de la fe.

Que cuando las hogueras del Santo Oficio levantaban más alto sus llamas y la juventud española se anegaba entre las ondas que hicieron zozobrar la *Invencible*; al tiempo que los Reyes Católicos expulsaban á los judíos, por no vender como Judas el Cristo que les presentó Torquemada; mientras que San Ignacio alistaba los héroes de su gloriosa Compañía, y Carlos V arrojaba, en son de reto, su guante á la Reforma en Occidente, y en Oriente al Gran Turco; durante las guerras por la fe que sostuvo la Casa de Austria en nombre del pueblo español con toda Europa, se levantaba el Escorial y se imprimían las dos Políglotas; llevaban la voz nuestros Doctores en las Universidades más célebres de Europa; se vertían á todos los idiomas nuestros autores castellanos; escribían nuestro teatro Lope, Tirso, Moreto y Calderón; era nuestro novelista Cervantes, y nuestro historiador Mariana; renovaba todas las disciplinas Luís Vives; enlazaba Foxo Morcillo el genio de Platón con el de Aristó-

teles; escribía Suárez su *Metafísica*; cultivaban las lenguas orientales Fr. Luís de León y Arias Montano; las de la clásica antigüedad Arias Barbosa y Nebrija; el Brocense la *Gramática general*; investigaba León Hebreo los misterios recónditos de la belleza, y los secretos resortes del gobierno de las repúblicas Quevedo, Saavedra y Furio Seriol; la ciencia del derecho entregaba sus tesoros á Alpizcueta, Antonio Agustín y Covarrubias; se elevaban á las alturas de la contemplación en alas de nuestra lengua los dos Luíses, Santa Teresa y San Juan de la Cruz; arrastraban la muchedumbre tras de sí Ávila y Granada con su predicación; enseñaban astronomía Alfonso de Córdova y Juan Moya; herborizaban Acosta y Hernández; escribían *La Araucana* Ercilla, Camöens sus *Luísiadas*, Herrera sus *Canciones*, sus *Églogas* Garcilaso, y Góngora sus *Romances*; eran nuestros arquitectos Toledo y Herrera; nuestros pintores se llamaban Juan de Juanes, Rivera, Zurbarán, Velázquez y Murillo; Montañés, Berruguete y Alonso Cano nuestros escultores, y mientras hasta

«El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada,»

la Ciencia de las ciencias, la Sacra Teología, despide á torrentes su esplendor, y sobre la innumerable multitud de santos, genios, sabios, de capitanes invencibles y de navegantes y conquistadores que los griegos hubieran elevado á su Olimpo, y que brotaban espontáneamente de nuestro suelo, fecundado por el sol clarísimo de la fe, descuellan

nuestros teólogos como ¡Victoria, Melchor Cano, los dos Sotos, Laínez, Salmerón, Suárez!, ¡terror de la herejía!, ¡admiración y pasmo de la Cristiandad!, ¡oráculos de Trento!, que hicieron de aquel glorioso Concilio un Concilio español, secundados por la valía de nuestros embajadores, como Vargas y como Mendoza, y por el empeño con que le promovieron, auxiliaron y confirmaron con sus leyes los fervorosos Monarcas españoles ¹.

Que no en vano se apellidaban nuestros Reyes, ya antes *Católicos* por antonomasia, *braço derecho de la Iglesia*; *Corona defensora de la fe* nuestra Monarquía; *pueblo de Dios* el pueblo español, y pudo decir el Nuncio Castiglione, conteniendo con Alfonso de Valdés sobre el *Saco de Roma*, «que si Nuestro Señor Jesucristo había fundado la fe, la había restaurado Carlos V.»

Por eso más que por nada merecimos ser blanco de las calumnias é injurias de la Europa protestante, tantas veces humillada por nuestras armas, que llamaba *Demonios del Mediodía* á nuestros Reyes; exageraba, olvidándose de la suya inconsecuente, nuestra consecuente intolerancia, y se propuso y consiguió deslustrar á los ojos del mundo moderno nuestras glorias; y aun hoy mismo el positivismo indiferente de nuestros días acusa por la pluma de Buckle á Carlos V porque se jactaba al fin de su carrera de haber pospuesto siempre su patria alemana á su fe religiosa, así como á Felipe II por aquella máxima favorita, clave de toda su

¹ Acerca de lo que en ciencias y letras, religión y artes, produjo la España inquisitorial durante el siglo xvi, consúltense, para apreciar debidamente su valor, las obras de Menéndez Pelayo, señaladamente el tomo III de *Los Heterodoxos Españoles* y *La Ciencia Española*.

política, según él, formulada en estas palabras: «que valía más no reinar que reinar sobre herejes:» idea á que subordinó toda su ambición, porque si soñaba, dice este escritor, con el imperio de Europa, era porque con él contaría con más recursos para restaurar la autoridad de la Iglesia; y ¿qué más?: hasta el mismo Rousselot, que demuestra menos horror á nuestras cosas, nos pinta con colores sombríos á Carlos V en la soledad de su retiro de Yuste, con la vista siempre fija sobre el mundo que abandonó, lanzando el grito de alarma contra el protestantismo en España, grito que asusta al mismo Felipe II y al terrible inquisidor Valdés, y obliga á la Inquisición española á avivar la llama de sus hogueras.

Y no se equivocaron en sus odios los sectarios de la Reforma: sin aquel hombre providencial en quien reunió Dios las dotes del gran capitán y del gran político; sin aquel Rey, español, alemán y flamenco á la vez, que personificaba y enlazaba con su personalidad los miembros distintos de su imperio; sin aquel gran Emperador que reunió y combinó debidamente los tesoros del Nuevo Mundo por la corona de Castilla, los derechos sobre Italia por la corona de Aragón, y sus deberes con la Iglesia y la Cristiandad por la corona de Carlomagno, la Protesta, propagándose con rapidez por todas partes, hubiera vuelto á Europa á los más crudos tiempos de la barbarie germánica, y Solimán, cayendo sobre ella de improviso, hubiera hecho resonar las herraduras de su caballo bajo la cúpula de San Pedro, como pocos años antes Mahometo bajo las bóvedas de Santa Sofía.

No fué, pues, con el imperio universal con lo que soñó

Carlos V, como juzgaron superficiales exploradores de la Historia, sino en ser el campeón de la Iglesia, de la Religión, de la Cristiandad, de la civilización occidental, en suma, expuestas como nunca á perecer al embate de la barbarie oriental, y amenazadas en su Religión por el Corán, en su familia por el harem, en su libertad por la tiranía y la esclavitud, y ¡pluguiera á Dios que Francisco I y Enrique II, Enrique VIII é Isabel I, hubieran cumplido sus deberes de Reyes cristianos como el Emperador, y que Clemente VII y Paulo IV hubieran seguido el ejemplo que les había dado León X, y que les confirmó San Pío V!: las banderas de la Cristiandad hubieran flotado sobre las torres de Bizancio; la Cruz hubiera tomado posesión en otra nueva Cruzada de los Santos Lugares; Europa no hubiera visto cubrirse de sangre y ruínas su suelo á la voz del Hijo de perdición; América, desposándose con España á través de los mares, hubiera recibido en arras la civilización europea en todo su esplendor y sin ninguna de sus sombras, y la Iglesia, regocijándose ante el cuadro amoroso de todos sus hijos abrazados en torno de la Cruz, hubiera visto realizadas las esperanzas que sonreían á Carlos V cuando, á la elevación al Pontificado, de Adriano, escribía á su antiguo preceptor estas memorables palabras: *«Me semeja que, estando el Papado en vuestras manos y el Imperio en las mías, es para que hagamos juntos buenas y grandes cosas.»*

Pero es necesario proclamar muy alto que si Carlos V fué el héroe de esta epopeya, España fué su instrumento como nación, y sólo á condición de identificarse con su destino y de personificar la misión que venía desempeñando en la Historia, pudo la casa de Austria llenar cumplidamente

su deber, pues si en aquel duelo colosal con todo el orbe España fué el principal sostén del Emperador, y aun del imperio, el Emperador, al sostenerlo, no hizo más que ser mandatario humilde de la nación, que le gritaba con la voz de sus teólogos y filósofos, de sus políticos y poetas, con la voz del genio de sus artistas y el grito de la soberanía nacional, que hiciese contra el germano y el turco lo que Pelayo y Jaime el Conquistador, lo que los Alfonsos y Fernandos habían hecho contra el árabe y el moro en ocho siglos de contienda: ser el centinela avanzado del Occidente, el dique de la barbarie oriental, el Josué del pueblo escogido por Dios para detener el sol en su carrera, como luminar perpetuo del campo de batalla en que, cual nuevos Macabeos, peleaban por su Patria y su Dios.

Tal era, Señores, el pueblo en que Fr. Luís de Granada iba á ejercer su misión de apóstol de la palabra divina; y si, como dice Lacordaire, el orador y el auditorio son dos hermanos que nacen y mueren el mismo día, y á los que se puede aplicar el dicho profundo de Cicerón: «No hay orador grande sin la multitud que le escucha;» si á los ojos de este insigne orador toda voz es el eco de su siglo, y sólo la voz de Dios puede sustraer al hombre de esta otra voz que le rodea y le penetra, ¿cómo extrañar que Fr. Luís de Granada, que oía estas dos voces acordes y armoniosas á un tiempo, fuese como el eco poderoso de ellas y como el instrumento providencial y viviente, para que resonasen en dos mundos con los graves acentos del habla castellana?

Y después de esto, Señores, si la Elocuencia es el poder sobre todo poder, como nos ha demostrado su filosofía y nos ha confirmado su historia; si sobre todas las elocuencias

descuella, soberana por su propia virtud, la elocuencia sagrada ; si todo orador se agranda á medida que aumenta la grandeza de su auditorio, y no hubo pueblo como el pueblo español en los grandes días de su Historia, para inflamar la inspiración y para recoger la palabra del orador sagrado, tendremos forzosamente que reconocer, á menos de negarle toda elocuencia, el inmenso influjo de Fr. Luís de Granada en su siglo, en su lengua y sobre su Patria.

Entonces comprenderemos fácilmente la inmensa autoridad y prestigio que alcanzó en breve en todo el orbe el huérfano de la lavandera del convento de Santa Cruz de Granada, el solitario de las ermitas de los Ángeles en el desierto de Córdoba, el que, obediente á su vocación, hizo de la predicación un oficio, su única y exclusiva ocupación, á la que pospuso toda clase de cargos y de honores, y en la que le sorprendió, como en su cantar al cisne, más que las sombras de la muerte, la aurora de la inmortalidad.

Porque aquel fraile mendicante, que, atento sólo á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, no salió de su celda más que para subir al púlpito, vió á las muchedumbres arremolinadas á su alrededor, para recoger sedientas el rocío de su palabra ; vió á los Príncipes y á los Reyes arrodillados á sus pies, para pedirle dirección y consejo; los Pontífices le escribieron á ruego de los Santos más ilustres de la Cristiandad, para darle alabanzas por sus escritos; le aplaudieron las Órdenes y le ensalzaron las Universidades; tuvo que rechazar con tesón dignidades, mitras y capelos; sus obras, publicadas cien veces, se tradujeron á las lenguas sabias de la antigüedad, á todas las modernas de Europa, y hasta á las más bárbaras del Oriente; y ganosos de contemplar su rostro y su figura, vi-

nieron en hábito de peregrinos muchedumbre de gentes á Lisboa, con el solo fin de visitarle; como se apresuró á hacerlo á su entrada triunfante en Portugal Felipe II, como también lo hicieron el gran duque de Alba y el invencible Andrea Doria, y como de sí propia afirma Santa Teresa que no lo hubiera dejado de hacer *por ningún trabajo, si se sufriera conforme á su estado y ser mujer*.

Calculad, pues, Señores, cuánta sería su elocuencia para granjearle en vida tanta fama en un siglo y en un país en que la santidad, la ciencia, el genio artístico y literario eran cosa casi ordinaria y común, y en que, ocupados en las más arduas empresas, teníamos como distraída la atención con el espectáculo de las más gloriosas hazañas.

Harto lo dicen los elogios con que la Historia pregona su valer, el llanto que derramó la Cristiandad sobre su tumba, el entusiasmo con que encarece su memoria la Patria. Su Orden lo enumera entre los mayores discípulos del Ángel de las Escuelas; el Renacimiento lo apellidó su Cicerón; Fr. Luís de León dió testimonio á Arias Montano de que Granada había recibido de Dios el don sobrenatural de la elocuencia; la Iglesia calificó de milagrosos sus escritos, y la voz de la posteridad le confirmó en el título que le expidieron sus contemporáneos, dándole el nombre, glorioso sobre todo nombre, de *Ángel de la Elocuencia Cristiana*.

Y tuvieron razón para llorarle y mantener viva su memoria; porque si su voz llenó todo su siglo y elevó tan alta en España la meta del bien decir, su muerte lo evidenció con el vacío que dejó en las letras su silencio; pues semejantes á los torrentes desbordados son los genios de la hu-

manidad, y no se conoce bien la altura y la fuerza de una inundación hasta que se retiran las aguas.

En vano levantaron su voz, apagada ya la de Granada, los Salustios, los Lanuzas y los Vieiras: la elocuencia de Santo Tomás de Villanueva y del venerable Ávila había llegado á su apogeo en Granada, y le era forzoso declinar. La Cátedra del Espíritu Santo enmudeció con la muerte del más preclaro de sus oradores. Los que la ocuparon después no tuvieron voz bastante poderosa para llenar el vacío que había dejado en ella Fr. Luís; y sobrevino la irremediable decadencia. No pudiendo seguir el majestuoso vuelo de su sublime sencillez, se buscó la elocuencia en los discreteos y retruécanos, y en el abigarrado oropel del culteranismo literario. El cetro de la oratoria sagrada cayó de nuestras manos en las del pueblo de Luís XIV, y mientras Fr. Hortensio Paravicino llevaba á su perfección el gongorismo oratorio, cuyos excesos tan rudamente había de fustigar más tarde el P. Isla en su *Fray Gerundio de Campazas*, el púlpito francés resonaba elocuente con los ecos de nuestra voz, que, por más que lo nieguen ó desconozcan sus críticos, está sobrado patente en Bossuet, en Bourdaloue, en Massillon y en Fléchier la influencia de nuestro Fr. Luís de León y de nuestro Fr. Luís de Granada. Pues, por más que se dé tortura al ingenio para adular el orgullo y la vanidad nacional, no se puede encontrar explicación suficiente á la rápida elevación de la Oratoria sagrada en el púlpito francés, tan acerbamente censurado por Montaigne poco antes, no siendo en el natural influjo de nuestros oradores sagrados, especialmente de Granada, cuya voz había resonado en todos los ámbitos de la Cristiandad, y cuyas obras,

que habían sido las delicias de Santa Teresa de Jesús, de San Carlos Borromeo, de San Francisco de Sales y de la Patrona de las Indias, y que un ilustre franciscano había visto ofrecer como rico don al poderoso Monarca de la Persia, continuaron ocupando puesto de honor en todas las bibliotecas del mundo conocido.

Porque, ¡será casualidad!; pero lo cierto es que sus títulos afamados saltan á los ojos del historiador en los lugares más diversos, lo mismo entre los libros escogidos con que adornó las desnudas paredes de su celda el solitario de Yuste, que entre los contados volúmenes con que entretuvo su resignación admirable el maestro León en las cárceles del Santo Oficio, y hasta en los calabozos del Terror, donde acompañaron sus obras al empedernido Marchena, al colaborador de *El Amigo del Pueblo*, de Marat, al individuo del *Comité de salvación pública*, que no quiso desprenderse de este tesoro, ni aun en su fuga presurosa con los representantes de la Gironda, ni aun en sus peregrinaciones y destierro por las orillas del Rhin y á las montañas de Suiza, enamorado de las galas del orador, á pesar de que, forzado por su soberana elocuencia, derramaba lágrimas al leerlas, trocándose durante algunos momentos todos los días, el ateo jacobino y terrorista francés en pío y fervoroso cristiano.

Por eso pudo decir Fr. Miguel Rosel, de Granada, con tan general aplauso como profundidad y razón, «*que así como Santo Tomás había venido al mundo para alumbrar los entendimientos de los hombres, Fr. Luís había venido para encender las voluntades.*» Y esta elevada misión que le reconoció todo su siglo, obedece, por otra parte, también al plan de la economía divina en la Historia. Pues si fué ad-

mirable providencia de Dios que el *Ángel de las Escuelas* dictase los cánones de la verdad científica en la Italia y la Francia del siglo xiii en la época de mayor desarrollo intelectual de la Cristiandad, cuando, dada al sutil ejercicio de la dialéctica, entraba por primera vez en posesión de los monumentos de la antigüedad, pervertidos por los comentarios de los árabes, en los albores del Renacimiento filosófico, cuando apuntaban los gérmenes de la protesta y comenzaba la emancipación y la secularización de la sociedad, pasados los siglos de hierro, no fué menor que la palabra del *Ángel de la Elocuencia* resonase potente en la España y el Portugal del siglo xvi, en pleno renacimiento literario y artístico, verificado ya el cisma de la Cristiandad por la Reforma, entre judíos y moriscos, y cuando América, catecúmeno de Europa, pedía las enseñanzas de la revelación sobre el espíritu, en cambio de la revelación de sus maravillas sobre la naturaleza.

Y que Fr. Luís de Granada informó los períodos ciceronianos de su elocuencia con las fórmulas abstractas de la ciencia de Santo Tomás, es cosa de todo punto innegable para quien hondamente penetre en la teología dogmática, mística y moral, en la metafísica general y particular que ilustran las obras de los dos Frailes Predicadores.

¿Quién que haya sondeado los misterios de la metafísica de Santo Tomás y los arcanos de su teología; quién que se haya engolfado en los profundos y sutilísimos análisis de las pasiones en su antropología y en su moral; quién que haya admirado el orden, la elevación, la claridad y hasta la prudencia doctrinal que resplandecen en sus obras, y haya reconocido los tres grandes caracteres teológico, filo-

sófico y místico, que imprimen tan profundo sello á sus escritos, dejará de reconocer la huella del león escolástico en las vastas amplificaciones, en las subdivisiones múltiples, en los apóstrofes é invocaciones con que el *Águila de la Elocuencia* declara la soberana grandeza de Dios, manifiesta la sublime alteza del hombre, pone de relieve la espléndida armonía del universo, y registra los últimos repliegues del corazón humano en que se refugia y esconde el imperceptible germen del amor propio?

Sin duda alguna no podrá menos de reconocer que, á través de la piel sonrosada y viviente de la retórica del orador, se adivina el esqueleto y los músculos de hierro de la filosofía del Doctor, no agobiados con la pesadumbre embarrasosa de la carne, sino embellecidos y disimulados con la suave redondez de sus formas y la clara transparencia de su color.

Y no podía ser de otra manera: la filosofía de la elocuencia nos demostró la necesidad que tiene la elocuencia de la filosofía, y si el orador profano nada puede decir elocuentemente de Dios sin la teodicea que le avalora sus infinitas perfecciones, ni del hombre sin la antropología que le enseña la unidad misteriosa de su ser, en que se unen el espíritu y la materia, formando un abreviado de todo el universo, ni del mundo sin la cosmología que le manifiesta el orden cósmico de la creación, ¿cómo el orador sagrado por excelencia había de desconocer estas enseñanzas, y qué otras enseñanzas había de profesar que las de aquel sabio Maestro, gloria de su Orden, que, no contento con haber levantado sobre la tierra con la fuerza de su razón el monumento de la filosofía católica, hizo bajar del cielo, encendiéndola

en la luz de la revelación, la llama de la sacra teología, para que coronase dignamente la gran pirámide de la ciencia cristiana, erigida en el centro de la Historia, como luminoso faro que alumbrará perpetuamente los derroteros de la humanidad?

No : Fr. Luís de Granada conocía y profesaba la doctrina de Santo Tomás, y hacía de ella como el alma de sus sermones. Abrid la *Suma* de Santo Tomás y la *Guía de Pecadores* ó el *Símbolo de la Fe* de Granada; comparadlos desde la primera advertencia ó introducción en que manifiestan sus propósitos, y teniendo en cuenta que el uno obra en la esfera de la pura especulación, como quien trata de formar el *Doctor cristiano*, y el otro en la esfera práctica de la voluntad, como quien se propone realizar el ideal práctico del *Justo*, veréis, no el plagio vulgar ni la servil imitación, sino el sublime paralelismo de sus obras, el desarrollo y la amplificación con que difunde y aplica el orador las enseñanzas del teólogo.

Conocéis la economía admirable de la *Suma*, el cuadro portentoso en que Dios aparece en la cúspide de la realidad, demostrado por la razón y la revelación y velado entre los misterios de la gloria : á sus plantas la creación brotada de la nada, como reflejo de su hermosura y como muestra de su poder; de un lado la esfera espiritual, el mundo de las inteligencias celestiales; de otro la esfera material, el mundo de las sustancias corpóreas; en medio la humanidad, enlazándolo y abarcándolo todo en su unidad maravillosa imagen de la esencia divina; después el mal, rompiendo la armonía de la creación por el abuso de la libertad, su lucha con el bien, que constituye la trama de la Historia, y final-

mente la redención por la encarnación del Verbo divino y la pasión y muerte del Hijo de Dios, que nos da el remedio espiritual con los Sacramentos de la Iglesia, y nos abre las puertas de la eterna bienaventuranza, que constituye nuestra finalidad, ó sea la posesión del mismo Dios, principio y fin de todas las cosas.

Pues bien : la *Guía de Pecadores* y el *Símbolo de la Fe* no tienen otro argumento, ni tal vez otra división ; no reconocen otro principio, ni conducen á otro fin. El portentoso cuadro que nos enseña Santo Tomás con la luz de su inteligencia es el que nos describe Fr. Luís á la llama de su pasión ; el uno nos lo manifiesta para que lo comprendamos ; el otro para que lo amemos : ambos nos dan el conocimiento de la realidad. Santo Tomás en la soberana visión de su belleza, reflejada en la celeste serenidad y limpidez de su verbo terso y transparente ; Fr. Luís en los impulsos ardientes de su amor con que transfigura y colora la obra maestra de su palabra.

Con razón ha dicho uno de vosotros que hasta que no se estudien mejor nuestros teólogos y filósofos, no se entenderá del todo bien la historia de nuestra literatura ¹.

Porque si la época en que providencialmente apareció Fr. Luís de Granada para elevar la meta de la elocuencia en la Iglesia, era la época del renacimiento español, en que los estudios escriturarios y patrísticos florecían á la par que los trabajos sobre los filósofos y retóricos de la antigüedad, merced á los adelantos filológicos y al espíritu crítico y de controversia que se agitaba en todas partes, sobre las voces de Ci-

¹ El Sr. Menéndez Pelayo.

cerón y de Demóstenes, de Aristóteles y de Platón, de San Jerónimo y de San Agustín; al lado de la misma palabra de Dios, como síntesis de todas ellas, resonaba la voz de Santo Tomás, que, después de reducir al silencio al racionalismo escolástico y al panteísmo árabe, y de hacer del armonismo heleno el pedestal de las verdades divinas, á través de los claustros de las escuelas refundidas en nuestras célebres Universidades retumbaba potente como el trueno llenando los ámbitos de la Cristiandad con los acentos de su palabra, á la que respondían como cánticos del cielo y como rugidos del averno los dos gritos del siglo xvi: el de la Protesta, que, arrojando al fuego en Witemberg, con las Bulas de los Pontífices, las obras de Santo Tomás, exclamaba: *Tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam Dei*, y el de los Padres del Concilio, que, abriendo á cada cuestión la *Suma* colocada con la Sagrada Biblia á los pies del Crucifijo que presidía sus deliberaciones en Trento, exclamaban, mirando al cielo y á la Cristiandad: *Consulamus divum Thomam*.

La influencia de la escolástica, tal como la había depurado y completado Santo Tomás de Aquino, no es menos evidente en nuestros predicadores que lo es en nuestros políticos y juristas, y señaladamente en los teólogos de nuestro glorioso renacimiento.

Á eso debió sin duda Fr. Luís la perpetuidad del favor que gozan sus obras, pues así como Santo Tomás de Aquino es el doctor universal que, atento sólo á la verdad, dicta sus oráculos inefables; sin mirar á la sociedad que le rodea, como quien habla á la eternidad, así Fr. Luís de Granada no se preocupa en sus oraciones con el imperio de Carlos V, como Bossuet con la monarquía de Luís XIV, ni como La-

cordaire con la revolución del 89, sino en el alma desterrada sobre la tierra, en la muerte del hombre y en el juicio de Dios, en la caída, en la redención y la gracia; por eso su actualidad es constante, y, como dirigido á todos los hombres, tiene por auditorio á la humanidad.

No se halla sin excepción esta regla, y aunque perdido para nosotros, por desgracia, no es menos cierto que el religioso granadino que en el retiro de su celda oía las consultas del gran Rey y las confesiones del gran guerrero, conquistadores de Portugal, hubo de predicar un sermón, para convencer á los obstinados portugueses de la conveniencia de la unión de Portugal con España, que, á juzgar por el asunto y su estilo, debía ser un monumento memorable levantado á la Unión Ibérica en el siglo xvi por la cristiana elocuencia del fraile dominico.

Pero, por regla general, sin más excepción quizá que la precedente, Granada sólo predicaba contra los vicios más aún que contra los errores de su tiempo; porque eran para él los vicios de la Cristiandad la causa final, ejemplar, ocasional y eficiente de los errores, ya porque de la necesidad de justificar la mala costumbre se forja la mala teoría, ya porque la pérdida de la fe es el castigo natural de nuestros pecados.

Y aquí tocamos la nota característica de la doctrina de Fr. Luís de Granada, que al mismo tiempo que señala para nosotros de un modo más terminante la influencia tomista sobre sus obras, nos da el motivo por qué los críticos en general consideran á nuestro gran orador más propiamente como *ascético* que como *místico*.

Fué el misticismo siempre como fragante y hermosísima

flor que, brotando naturalmente en la cima de toda religión espiritualista, sólo florece con todo su esplendor y gala en lo más secreto y escondido del pensil cristiano.

El amor desinteresado al soberano bien, á la absoluta belleza ; el amor perfecto al amor sumo, basado en la humana finalidad y en la causalidad divina, si en las falsas religiones del Oriente pudo conducir al anonadamiento de la personalidad del hombre, á la adoración estúpida del Nirvane, á los absurdos dogmas de la palingenesia ó á las sacrílegas prácticas de la theurgia ; si en las sectas heréticas del Occidente pudo llevar á los brutales extremos del fanatismo de los fratricellis, begardos y flagelantes, de los convulsionarios de Francia y de los tembladores de Inglaterra, en la Religión verdadera de Jesucristo nos dió los Santos que forzaron las puertas del cielo con sus oraciones desde la tierra, para ver en sus arrobamientos y en sus éxtasis la imagen de la esencia divina, los confesores que alegraron sus calabozos con la luz de las apariciones celestiales, los mártires que asombraron á sus verdugos, entonando desde sus potros el epitalamio de sus desposorios eternos, los doctores que marcaron sobre el mapa de nuestra vida el itinerario de la ascensión del espíritu en pos de la divina unión, y, finalmente, nuestros poetas y oradores, que de tal modo encendieron en el ánimo la lumbre de los espirituales afectos con sus apóstrofes y sus liras, que hicieron de aquella ruda lengua neo-latina, *vibrante y aguda como el clamor de una trompeta*, la lengua dulcísima de León y la armoniosa de Granada.

Y si en esta múltiple variedad que se contiene en la eterna unidad de su doctrina llevan unos á la práctica sus conclu-

siones, como el solitario con sus éxtasis en sus contemplaciones espirituales, fijan otros su naturaleza, sus divisiones y su origen en las reglas con que determinan su teoría, como el teólogo y el filósofo en sus especulaciones más abstrusas, y cantan otros, como nuestros poetas, los inefables deliquios de la unión perfecta con Dios en la *noche oscura del alma*, tócale señaladamente al orador, cuyo objetivo es la voluntad, cuyo fin es mover, que se sirve como señor de la ciencia que enseña, del arte que seduce, para la acción que busca, tomar al hombre todo entero, y arrastrarle desde la verdad demostrada, y desde la belleza de esta verdad entrevista, á la posesión eterna de ese bien, que sólo se logra en la eternidad, trepando por el áspero sendero de la virtud, arrancando, en suma, por violencia de las manos de Dios las llaves del cielo.

Sin duda por eso, y no por ligereza, como presumen los críticos, debió llamar Donoso Cortés á Fr. Luís de Granada *el primer místico del mundo*, pues el ascetismo que inspira y que informa todas sus obras es, no sólo la única y verdadera raíz del misticismo (que es la unión del hombre con Dios por el amor), en cuanto la herejía ó desconocimiento voluntario de Dios es consecuencia del pecado, sino también, y en la misma manera, su fruto, en cuanto la más alta é íntima unión con Dios por el amor en la tierra sería inútil y hasta perjudicial, si no fuese imposible, no dando por resultado la virtud, que es la fe viva, el amor verdadero y el único camino para unirse con Dios en la eternidad.

Por eso Santo Tomás, como Fr. Luís de Granada, enseñan que el principal resultado de la más alta oración es la resolución de no pecar, y que los éxtasis místicos son re-

compensas y no méritos, son favores de Dios, pero no Dios mismo, que á Dios sólo se llega mereciendo, y sólo se merece por la virtud, y la virtud sólo se alcanza por la oración. Por eso es de la oración de lo que más predica Granada.

Pero no se crea por esto que faltan en los escritos de Fr. Luís, no sólo aquellas altísimas enseñanzas que acerca del éxtasis, de la visión, del rapto, del amor de concupiscencia y del amor de benevolencia, consignó en sus obras inmortales el *Ángel de las Escuelas*, sino ni aun aquellos análisis psicológicos del misticismo subjetivo que sorprende el filósofo desorientado en las obras de nuestras monjas más humildes, y es uno de los caracteres comunes á los escritores especulativos de nuestra Patria.

No : el hilo de oro extraído de la generosa vena de Platón por manos cristianas, esmaltado por el rayo de luz bajado del cielo, y en que se engarzan como piedras preciosas los nombres del Areopagita, de Hugo y Ricardo de San Víctor, de San Bernardo, de San Buenaventura, de Dante, del autor de la *Imitación*, de Gerson, de Suso y de los Ruibrochios y Tauleros une también con el nombre de Santo Tomás el del más elocuente de sus discípulos; y el que cuidadosamente registre sus obras irá encontrando disuelta, y como esparcida por ellas, la doctrina mística que tan alto ha puesto el nombre español entre los investigadores de *la más alta y generosa filosofía* que vieron los siglos.

En ellas encontrará explicada con los símiles más felices, y con las más ingeniosas comparaciones, la teoría de la gracia, tal como la consignó Santo Tomás, y que es para Granada una participación de la naturaleza divina, una forma

sobrenatural, atavío espiritual del ánimo labrado por el Espíritu divino; la diferencia entre la lumbre de la sabiduría y la luz de la ciencia; la alegría y gozo espiritual que proceden de aquella luz; el divino dulzor de la oración que absorbe los cuidados del día y desea la noche quieta para gastarla toda con Dios, principalmente la que es serena y estrellada; el conocimiento de Dios por el estudio de las criaturas; la naturaleza de la meditación y contemplación, y la parte que cabe en ellas á la voluntad y al entendimiento; las excelencias del amor *unitivo* y sus ocho grados ó peldaños por donde asciende el amador desde el conocimiento experimental, por el deseo, la hartura y la embriaguez del deleite, al cumplido reposo de la voluntad sobre los pechos del amado, y, finalmente, aquel árbol místico y simbólico del amor, cuya raíz es la especulación del entendimiento, el tronco el ardentísimo deseo de la voluntad, las ramas las virtudes prácticas de la vida, y su fruto la deseada unión del alma con Dios, cuya divina consonancia explica en un sublime y acabadísimo paralelo entre el espíritu creado y el Espíritu Creador.

Y encontrará todo esto puro, libre de todo asomo de *quietud*, de *alumbramiento* y de confusión ó identidad entre el Creador y la criatura, y expuesto con claridad, en español, sin esconder tras la oscuridad del lenguaje la pobreza del pensamiento, ni buscar en sus equívocos el disfraz para que, con bandera amiga de religión, penetre el ponzoñoso error por los oídos confiados en el alma cristiana.

Porque en los místicos españoles, y señaladamente en Fr. Luís, no sólo resplandecen los esenciales caracteres del verdadero misticismo, sino que se contienen las reglas para

diferenciarlo y distinguirlo en la práctica, lo mismo del anonadamiento budista que del misticismo espiritista ó teúrgico de los neoplatónicos; lo mismo del gnosticismo cristiano de Clemente de Alejandría que del quietismo panteista de Eckart; lo mismo del escepticismo árabe de Algazel y del panteísmo arábigo-judáico de Tofail y de Gabirol que de los sortilegios y brujerías de la escuela teosófico-naturalista de Paracelso y de Boehm, y del famoso *quietismo* de Molinos, ó del célebre *molinosismo* de Mad. Guyon, que tan á menudo confunde el vulgo de los sabios con la sublime doctrina de nuestros místicos.

Por eso no aplaudimos, aunque lo comprendamos, que la Inquisición española, atenta al estrago que en aquella sociedad religiosa producía el falso misticismo con su plaga de milagreros y alumbrados, molestase á veces á varones tan piadosos como San Ignacio y el venerable Juan de Ávila, prohibiese libros en romance acerca de esta doctrina espiritual, y, atenta á las apasionadas acusaciones de Melchor Cano y á otras más torpes de envidiosos y fanáticos de aquel tiempo, diese testimonio, contra los críticos que lo niegan, del carácter místico de las obras de Fr. Luís de Granada, poniendo en el *Índice* de Valdés la *Guía de Pecadores* y su *Tratado de oración*.

¡Que no faltaron entonces en España espíritus ruines y menguados que hicieran de los puros dogmas de nuestra Religión instrumentos de sus pasiones, ni necios que, equivocando la fe con la exaltación más ó menos sincera, creyesen en semejantes delaciones, aun cuando, partiendo de labios desautorizados, recayeran sobre varones de probada virtud y doctrina!

Pero no pertenecían á esta clase los ilustrados miembros del Santo Oficio, y, aclaradas estas denuncias, volvió la misma Inquisición por la fama de los denunciados, y si hubo un Fr. Alonso de la Fuente que, utilizando el lugar común de la acusación de moda por aquel tiempo, acusase de «alumbrado» á Granada, juntamente con la Compañía de Jesús, de quien decía que *tenía pacto expreso con el demonio*¹, hubo también un supremo Consejo de la Inquisición que impuso la debida retractación al fraile. Los sentidos lamentos de Santa Teresa, privada de libros místicos en romance, se abrieron paso entre las voces de alerta de los celosos centinelas de la fe católica en España, y los libros y los sermones de Fr. Luís volvieron á encaminar las almas por el ascetismo á la unión, al mismo tiempo que, en sus *Peligros de la oración*, Granada secundaba las miras del Santo Oficio, refutando á los iluminados.

Y este misticismo sublime, cuyas alas ceñía el genio de nuestro orador, para elevarse desde las tinieblas de *esta cárcel baja, oscura*, hasta las rientes regiones de la luz increada, desligándose de las cadenas de la materia, no desequilibró su espíritu para sumirle en ese idealismo enervador, sentimental y vago de los falsos poetas místicos de la edad moderna, ni para hacerle despreciar la naturaleza ni huir de ella como de sirena fascinadora y mortal, sino que, dándole la suprema visión de lo inteligible en lo sensible,

¹ No es esto lo más curioso, ni que asegúrase, con asentimiento de muchos, que la Compañía de Jesús era «la persecución más sutil y más grave que *jamás* ha padecido la Iglesia,» sino que añadía, con tan infantil simpleza como inconsciente vanidad, que era «tan secreta y escondida esta persecución y tan disimulada en los corazones de estas gentes, que *si Dios no hace un milagro*, casi no se puede descubrir.» El milagro debía ser sin duda la estupenda perspicacia del Padre.

hizo de ella como la escala mística de Jacob, por donde ascienden y descienden los ángeles, llevando al cielo las oraciones de la tierra, y bajando sobre la tierra los efluvios de la gracia divina.

El sentimiento de la naturaleza, no absorbente como en la literatura oriental, ni mutilado como en las clásicas de Occidente, sino como lo restauró el Cristianismo en la Edad Media y lo perfeccionó el Renacimiento español, como brilló en nuestros místicos, que se sirvieron de las maravillas del orbe como de símbolos vivientes, en que se reflejan como en un espejo lleno de luz y de color los atributos inteligibles del Eterno, es el que amoroso palpita en las obras místicas de Granada. La agreste soledad de los desiertos de Córdoba y la salvaje majestad de los campos de Pedrogaón imprimieron profundamente en su espíritu el sello de sublime melancolía, que los grandes espectáculos de la naturaleza producen en las almas enamoradas de lo infinito, que no es, no, la vaga é indeterminada aspiración del espíritu enervado por las sensaciones de la materia, sino el vivo anhelo del alma inteligente y libre que suspira amorosa por su Dios á cada flor que dejó caer de su mano sobre la creación desierta y vacía, cuando

« Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura. »

Ese fué el sentimiento de la naturaleza que inspiró la mente de Fr. Luís, y que de su espíritu trascendió á su pluma,

dando pintoresca animación á su estilo, armonía y rotundidad á sus períodos, y esplendor y claridad á su prosa.

Porque es verdad, por todos reconocida y proclamada; que el fundador de la *limada y culta prosa castellana*, como le llama uno de sus críticos modernos; el que fijó definitivamente el período español, dándole proporciones y sonoridad; el que realizó en castellano los preceptos de Cicerón acerca del *ámbito* de las palabras; el que limpió la lengua de barbarismos y cacofonías, y rindió tal culto á la propiedad, que, como asegura Muñoz, no se halla en todas sus obras una sola palabra «*que no sea de solar conocido en estos reinos*;» fué el mismo que, informándola con su fervor, con su saber y con su arte, hizo de ella la lengua divina de la oración, tan refractaria á las impurezas de la materia como propia para expresar los sublimes conceptos del espíritu.

Y fué tan íntimo el enlace que estableció entre la idea y la palabra, tan estrecho el nudo de unión entre el alma y el cuerpo de su estilo, que el que, movido una vez por la curiosidad, por los estudios literarios, por misteriosa cuanto irresistible vocación de lo alto, pone el pie en este *desatado raudal de la elocuencia cristiana*, como lo apellidaba Marchena, embebido con la admiración de tan peregrino lenguaje, no siente que su corazón va perdiendo pie, y que, insensiblemente arrastrado por la fuerza de la corriente, corre á anegarse en lo más profundo del dogma religioso y moral. Perdida ya de vista la orilla á que le condujeron las musas, sólo ve el cielo abierto sobre su cabeza y el abismo á sus pies, y lo que comenzó distracción, entretenimiento ó estudio, concluye en oración fervorosa, acompa-

ñada de lágrimas y suspiros. El orador se desvaneció entre las brumas del horizonte; sobre aquella vasta inundación sólo se siente el soplo del espíritu del Señor, que agita y que conmueve las aguas.

Bien nos lo atestigua la Historia con los frutos de su predicación, con el espectáculo de las lágrimas que hizo verter al impío fundador del sacrílego culto de *Ibrascha*, y con el testimonio de Capmany suspendiendo su apasionada lectura «porque el dolor embargaba el oficio de la lengua y los ojos perdían la luz con el peso del llanto.»

Por eso fué su elocuencia vencedora y verdaderamente soberana, porque alcanzó el alto fin que se proponía, á pesar de los obstáculos que le opusieron las pasiones, y que no fué otro, como ya hemos visto, que labrar con el cincel de su palabra en el opulento mármol del espíritu la acabada estatua del cristiano.

El hombre que Diógenes buscaba á la debil luz de su linterna en las clásicas ciudades de la antigüedad, y que Pilato enseñó por fin al género humano coronado de espinas; aquel que, vencedor de los demás y de sí mismo, llevando resignado la Cruz y dando paz á todas las gentes, pasó haciendo bien sobre la tierra con rumbo á su patria celestial, adonde le llamaba su destino, es el ideal que inspira la sublime elocuencia de Granada; realizarlo es el único afán del orador y su única recompensa.

Por eso pudo escribir algo de lo que yo he intentado demostraros en este discurso: que no conocía «nada más alto ni mayor que el fin de la elocuencia sagrada.»

Para alcanzarlo, es verdad, llama á las puertas de Cicerón, al mismo tiempo que á las de la inspiración cristiana;

roba del cielo el fuego creador, y toma del arte hasta los ápices de Quintiliano; pero después de enriquecerse con los despojos del agora y del foro, después de agotar la sed de su espíritu investigador en las cuatro fuentes de su saber, que son la Biblia y la *Suma*, la clásica antigüedad y la riente naturaleza, se postra á los pies del Crucifijo, el libro que señaló Santo Tomás á los que le preguntaron por las fuentes de su sabiduría; y después de tomar en aquella Cátedra sagrada la luz y el fuego de su inspiración, escribe estas palabras, que son la síntesis de su retórica, y en las que nos enseña que el buen predicador debe buscar, «no su gloria, sino la de su Señor, y la salud de las almas,» «más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, y más con ejemplos de virtudes que con las reglas de los retóricos.»

Y este es el verdadero secreto de su elocuencia, la explicación de sus triunfos maravillosos; y si Fr. Luís Patallo de la Mesa pudo decir de Granada que, «no sólo fué Santo, sino que hizo con sus escritos muchos Santos,» fué porque puso en práctica constante la ley irreductible y suprema de la retórica sagrada: «No predicarse á sí mismo, sino á Jesucristo crucificado.»

Entonces, cerrada el alma á toda distracción de los sentidos, sorda á todo clamor del amor propio, entregada á las iluminaciones de la fe y á los espasmos del amor, el orador cristiano, conforme al consejo que de Ávila tomó Granada, cuyo fundamento nos demostró Santo Tomás y cuya fórmula nos dió con sublime sencillez San Pablo, clava en el corazón del auditorio la Cruz, levanta como un astro en medio de las tinieblas del mundo el llagado cuerpo de Dios, y

despliega á los ojos atónitos de la humanidad el ideal eterno del hombre.

Y al mismo tiempo que llena todas las condiciones subjetivas y objetivas de la oratoria; al mismo tiempo que el rocío celeste de la gracia abre los labios del que habla y el corazón de quien le oye, el principio de estética que desarrollamos en este estudio, aquel en cuya virtud establecimos que la filosofía es la fuente más pura de la elocuencia, se realiza en toda su integridad y en su mayor elevación, dando por principio, por medio y fin al discurso el *¡Verbo Divino!*, cuyo esplendor, reflejado sobre todas las criaturas, constituye la esencia de la belleza, según el sentir de Santo Tomás de Aquino.

Hemos terminado nuestra tarea : asombrados por el eco sonoro de la majestuosa voz de Granada, hemos investigado los secretos resortes de su poder, y á través de todas las armonías del universo, lo mismo las que vibran en el mundo sensible de los cuerpos que las que irradian en la esfera de los espíritus celestiales, penetrando por fin en el interior misterioso del hombre, donde se forja el rayo de su verbo, hemos indagado el origen y la naturaleza de la palabra, cuya importancia nos han confirmado después las grandes voces de la humanidad, resonando en las cimas más altas de la Historia. La Oratoria sagrada, levantando su base sobre los más profundos y sólidos fundamentos de la elocuencia y escondiendo su vértice en las regiones sublimes de la gracia,

ha surgido en nuestro camino como la gran Pirámide en que se confunden como en un solo acento la palabra del hombre y la palabra de Dios. Y en la cúspide de esa Pirámide, entre el Misionero y el Apóstol, hemos contemplado la angélica figura de nuestro insigne predicador Fr. Luís de Granada. La voz del gran orador español, elevándose en la cumbre de nuestras grandezas, nos ha confirmado plenamente aquel gran principio de la filosofía de la elocuencia, según el cual la fuente más pura de la elocuencia es la filosofía; y cuando le hemos preguntado por el secreto de su inspiración, su diestra nos ha señalado á Santo Tomás arrodillado á los pies de su Crucifijo.

Así, en esta rápida odisea, á través de las esferas de la Metafísica y de los mundos de la Historia, partiendo de un principio ontológico, hemos venido á parar, como todo esfuerzo del hombre en pos de la verdad, del bien ó de la belleza, á los pies de Cristo.

Ni era posible que á otra parte nos llevase la elocuencia de Fr. Luís de Granada.

Vosotros, Señores Académicos; vosotros, como depositarios y custodios de las glorias de nuestras letras, sois los encargados de mantener perpetuamente á los pies del Verbo de Dios la palabra del hombre nacido en esta tierra, que debe por su naturaleza, como todos, primero, y por su historia, como ninguno, después, á la gracia de Jesucristo, sus inmarcesibles laureles.

El habla castellana, bien lo sabéis, se forjó como nuestra nacionalidad, de tribus aborígenes y de colonias griegas y africanas, uniformadas por el romano, pero unificadas sólo por la Cruz; las palabras que durante ocho siglos de

lucha por la Cruz se introdujeron en nuestro idioma, quedaron en él á modo de mudejares y de mozárabes españoles; y si hoy pueden decir los filólogos que la lengua española «no se forjó para decir herejías,» y se atribuye á Carlos V el dicho de que era la más propia para hablar con Dios, y mereció ser llamada *lengua de ángeles*, como hemos visto, fué principalmente porque, como dice Fr. Bernardino de Villegas, «*Fr. Luís de Granada santificó la lengua castellana con sus divinos escritos.*»

Y puesto que tanto por vuestra constitución como por el ardiente deseo de conservar inmaculada la pureza de nuestra lengua que á todos por igual os anima, puedo considerar esta Academia como *el Santo Oficio del lenguaje* que tiene en el *Diccionario* su *Índice* y hasta en *el fondo de la urna* sus hogueras, permitidme que, antes de ceñir á mi cuello la medalla y abjurar *de levi* por el sabor herético que contra mi voluntad conserven muchas palabras de mi discurso, os haga explícita profesión de fe, manifestándoos la esperanza que me sonríe, aun entre los más negros presentimientos y los más sombríos temores que me acongojan, esperanza que ha hecho brotar en mi corazón el sello indeleble impreso por la elocuencia de Fr. Luís de Granada en las entrañas mismas de nuestra habla.

Sabéis que lo primero que se corrompe de una civilización es su lengua, y sin embargo es lo último que desaparece. Hay un no sé qué de divino en esos sonos que encarnan el alma de una civilización, que se sostiene hasta en las fugitivas ondas de un eco. Humboldt cuenta que en una de sus exploraciones por el Nuevo Mundo, como preguntase á una tribu errante, que encontró en las orillas de

un gran río, por los restos de otra tribu aborigen cuyas huellas había descubierto en sus anteriores investigaciones, le respondieron los salvajes: «Todos los hombres de esa lengua han muerto; pero entrad en aquella selva, y encontraréis un loro que ha conservado algunas palabras de su dialecto.»

Señores Académicos: cuando en la soledad de mi gabinete medito sobre las negaciones metafísicas que pugnan por infiltrar su virus en nuestra nacionalidad corrompiendo el sentido cristiano de nuestro idioma, me estremezco, acordándome involuntariamente de la tribu de Humboldt, una de tantas como han decaído con la corrupción para desaparecer en la barbarie. Pero el espectáculo del filólogo reconstruyendo una civilización sobre los datos que le prestan los inconscientes gritos de un loro, me consuela algo á mi pesar; porque si llega un día en que el idioma de Cervantes, corrompido por términos, y frases, y giros bárbaros, instrumento del sofisma y del mal, se borre sobre la haz de la tierra, y los vestigios de su hermosura se refugien en los ecos de algún bosque, tengo la seguridad de que el sabio del porvenir que lo reconstruya subirá por el hilo de oro de su genio hasta nuestra gloriosa civilización, y saludará lleno de asombro al pueblo que habló á los hombres de Dios en la lengua de Fr. Luís de Granada.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF
HENRY THE SEVENTH
OF ENGLAND
BY
JAMES HALLAM, ESQ.
OF LINCOLN'S INN

LONDON:
PRINTED BY J. JOHNSON, ST. PAUL'S CHURCH-YARD, 1735.
IN A SINGLE VOLUME.
THE SECOND EDITION, CORRECTED.
1794.

THE HISTORY OF THE
REIGN OF
HENRY THE SEVENTH
OF ENGLAND
BY
JAMES HALLAM, ESQ.
OF LINCOLN'S INN

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Appendix A

For more information, visit www.pearsoncmg.com

SEÑORES :

Desde que leí por primera vez el manuscrito del grandioso discurso que acabáis de oír, adiviné la profunda emoción que os causarían todas sus nobles y bien concertadas partes, así como la especie de plenitud y agobio de admiración y entusiasmo que experimentaríais en éste momento; por lo que, parándome á considerar que yo era el sin ventura á quien obsequiosa deferencia de nuestro digno Director imponía la alta honra, pero difícil empeño, de contestar en nombre de la Academia, determiné no hacerlo con otro discurso (que en manera alguna, y muchísimo menos siendo mío, podría ya cautivar vuestra encadenada atención), sino reducirme á cumplir lisa y llanamente mi deber reglamentario, hablándoos con brevedad y ligereza tales, que la fatiga que os produjesen mis palabras no excediera del *minimum* de vuestros temores.

Verdad es que, en cualquier otro caso, aun tratándose de orador y discurso de mucho menor cuantía (dado que pudierais volver á elegir Académico de mi mediocre talla), todavía me preguntara yo si no debía adoptar como buen

sistema el procedimiento á que hoy recurro por necesidad: todavía, digo, me preguntara, como os pregunto, si no fuera siempre discreto que el llamado padrino dejase por entero al neófito el papel de protagonista, en lugar de afanarse por aguar ó compartir su triunfo, parafraseando, ó tal vez impugnando su peroración; pues bien claro se advierte que, si la parafrasea, amplifica y adiciona, el acto degenera en redundante y monótono, y que, si la impugna, deslucce y desbarata [en fiesta tan solemne, á la faz del convocado público, y hasta delante de señoras!..., hace un flaco servicio á su pobre ahijado....—Pero, en fin, no es este, ni con mucho, el caso en que nos vemos; que ni yo tengo nada que oponer al magnífico discurso del Sr. Pidal, ni, aunque lo tuviera, contaría con fuerzas y medios para disminuir el mágico efecto de su palabra.—Se limitará, pues, mi pobre y humilde tarea á saludarlo en nombre de esta regocijada Corporación, ufana de verle ya en su seno; á exponer los méritos, ciertamente notorios, pero nunca bastante celebrados, que motivaron el unánime llamamiento que aquí le ha traído; á responder á las sentidas palabras con que nos ha expresado su gratitud, y, necesariamente, á decir algo, muy poco, pero siquiera lo preciso, acerca de su primer acto académico, para que, al menos, conste en nuestros anales que el héroe de su memorable discurso ha sido el insigne Fr. Luís de Granada, y que la Academia Española ha tributado en algún modo el debido homenaje de amor, sumisión y agradecimiento á este gran rey del habla castellana, tan gallardamente alzado hoy por el Sr. Pidal sobre el pavés de su propia elocuencia.

Con lo que basta ya de exordio, si la cabeza ha de ser

proporcionada á las demás partes de mi breve oración; no se diga luego que he gastado toda la pólvora en salvas ó salvedades, y que he sido difuso al anunciar que iba á ser lacónico, pareciéndome á aquel que decía en una carta: «Perdone V. que sea tan extenso; pero estoy muy de prisa.»

Para dar la más completa y cordial bienvenida al señor D. Alejandro Pidal y Mon, empiezo considerándolo bajo el aspecto en que él, piadosísimo hijo, ha querido presentársenos ante todo en el tierno preliminar de su discurso, cuando, conmoviéndonos hondamente, proclamaba que su encumbramiento al cargo de que va á tomar posesión, sólo podía hallar defensa *en los derechos de la sangre*, y que, aun alejado de esta Academia, siempre la había considerado *la casa solariega de sus mayores*.—Hablando luego, con legítimo orgullo filial, de *la venerable sombra de aquel que, sin dejar la presencia de Dios, donde goza el premio de sus virtudes, le precede* (son sus bellas palabras) *en el áspero sendero de la existencia, abriéndole paso con el brazo invisible de su autoridad*, le hemos oído añadir: «¡Ojalá fuera más propicia esta ocasión que para la tristeza para al regocijo!» Y patéticamente se lamentaba de que esto le impidiera seguir tratando de los altos merecimientos de su padre.

Á lo cual le respondo yo (seguro de que también soy eco de generosas voces de vuestra alma), que tan propicia para la tristeza como para el regocijo es la presente ocasión, en que hemos visto correr hermosas lágrimas de los ojos de agradecido huérfano, y que la Academia se complacerá muy mucho si mi voz logra consolarlo al deplorar con él la muerte y enumerar los títulos de gloria del antiguo com-

pañero, á quien con amor recuerdan aquí, de una parte, los que se titularon sus hermanos, y de otra, los que, llegados más tarde, lo veneran como padre y maestro....—Así verá su digno y verdadero hijo cuán positivamente es cierto que, al poner el pie en los umbrales de esta casa, ha entrado en su paterno hogar, y hasta qué punto puede considerarse entre nosotros como en medio de su familia.... ¡Todos, todos, sin excepción alguna, le estrecharemos hoy entre nuestros brazos, por ser quien es personalmente, por el esclarecido nombre que invoca, y por pertenecer ya á nuestra comunidad de profesos de las buenas letras!

Pero ¿qué podré yo decir en elogio del inolvidable Académico D. Pedro José Pidal, invicto orador, sabio ministro, embajador afortunado y profundísimo historiador, que logre ufanar y alegrar á su buen hijo?—Nada tan autorizado y oportuno como citar unas frases escritas en alabanza de aquel grande hombre por otro hombre también ilustre; frases que se destinaban á ser leídas en este mismo sitio, y en acto análogo al presente, lo cual no llegó á realizarse por nueva desventura de la Academia.

Es una dolorosa historia....—Habíais elegido para ocupar la silla vacante por fallecimiento del Marqués de Pidal, al consumado hablista, orador y poeta D. Antonio Aparisi y Guijarro, y disponíase el respetable Académico electo á presentaros su discurso de ingreso en este recinto, tan contiguo á la final morada, cuando también le sorprendió la muerte.—Ante mis ojos he tenido yo el precioso manuscrito, trazado de puño y letra de aquel modelo de ciudadanos, que me honró con paternal amistad, y de ese documento (reproducido luego en letras de molde) copio las siguientes pala-

bras, que al cabo resuenan, después de tantos años, en el lugar para donde se escribieron.—Ya es Aparisi quien os habla.... Reconoced su elegíaco estilo.

«Miro la silla que he de ocupar, en que se sentaba aquel
»cuya memoria no morirá nunca.... Tiemblo ocuparla.

«Fué sin duda insigne varón, ornamento de la Patria....
»Entre las flaquezas de su época, permaneció firme é incon-
»trastable; entre las veleidades del tiempo, inflexible; entre
»las corrupciones, inmaculado; gran ciudadano, era como
»el nervio de todo un partido; al morir él, pareció que el
»partido entero con él moría. Aún los que pensaban que
»había muerto, al pasar por delante del gran orador, le sa-
»ludaban en su persona: semejava columna altísima que
»sustenta una gran techumbre: los vientos la cuarteán y
»cae con estrépito; la columna queda en pie....—Más de
»una vez le oí: admiré el espíritu levantado, la instrucción
»vasta, la lógica temible. No era ya el sol que brillaba en
»su cenit; no, que estaba ya en su ocaso; pero ¡aún era el
»sol!....—En adelante, una enfermedad cruel hizo al varón
»insigne objeto de lástima respetuosa. El león estaba enca-
»denado, y tenía fiebre además....

«Una cosa me admiró en aquel hombre, y otra me enter-
»neció.

«Su grande espíritu, dando vida á aquella naturaleza
»casi muerta, podía trazar aún, en una obra que vivirá, las
»*Alteraciones de Aragón*, y vindicaba la memoria de Fe-
»lipe II, el hombre más rey que ha existido....

«Una noche, lo recuerdo bien, á un fogoso orador se le
»escaparon palabras de aquellas que escandecen los oídos
»católicos, y Pidal las oyó, y pugnó por ponerse en pie, y

»con lengua trabada y balbuciente, y con acentos que parecían gemidos, pidió la palabra, si no para contestar, para protestar, y, concedida, hizo un gran esfuerzo, y no pudo, y se dejó caer sobre el asiento, y lloró....

»Este fué el discurso más elocuente que pronunció en su vida....»

Así habló....; así pensaba hablar aquí, en honor de don Pedro José Pidal, D. Antonio Aparisi y Guijarro....—Nada tengo yo que añadir, en mi pequeñez, á retrato de tanto valor, que parece hecho por la férrea pluma de Cornelio Tácito. Sólo daré fe y testimonio, á los que no conocieron el original, sobre la gran exactitud del parecido; pues también me cupo á mí la suerte, allá en mis mocedades, de admirar en la política tribuna y tratar fuera de ella al digno paisano y sucesor de los preclaros hijos de Asturias Jovellanos y Campomanes....—Con lo que ya es tiempo de que, deseando paz en su eterno reposo á los que finaron, y trayendo entre nuestros brazos al Sr. Pidal, hijo, vengamos á la festividad presente, y hablemos del laureado paladín que, rico de juventud y bríos, y movido por su noble sangre, acude á ayudarnos en la continua tarea de esta Academia....

Pero ¡ay! no salgamos todavía de la mansión de los sepulcros; que la propia voz del nuevo hermano nos llama aún y nos detiene delante de reciente fosa....—Sí; todavía tenemos que responder, con toda la efusión de no mitigada pena, á las hidalgas alabanzas que, antes de ocupar entre nosotros el conquistado puesto, dedica á la buena memoria del que lo dejó vacante.... Todavía hemos de decirle que la Academia se asocia al elegante y merecido elogio que ha hecho del inolvidable Conde de Guendulain, cuyo jú-

bilo no tendría hoy límites, si pudiera ver que le reemplazaba en su enlutada silla heredero de tales prendas y tan identificado con él en opiniones y sentimientos....

Señores : la hoja de servicios del Sr. D. Alejandro Pidal y Mon , ó sea el conjunto de títulos con que penetra en este que llamé algún día *Senado literario*, goza de tal notoriedad en España y fuera de ella, que bien pudiéramos creerle dispensado del público examen de calidades que es de rúbrica en la toma de posesión de cada nuevo Académico. Pero callarme sobre los merecimientos de mi insigne y querido ahijado, fuera privarme y privaros á vosotros de legítima complacencia.... Lo que sí haré, en esto como en todo, obligado por la premura de tiempo que me aflige, será abreviar de razones y comentarios propios , y reducirme á citar hechos y documentos.

Por dos diversos modos ha ganado superabundantemente el Sr. Pidal, á juicio de amigos y adversarios, la medalla y diploma de Académico. Como escritor y como orador ; dado que no sea siempre orador, hasta cuando blande la pluma en el periódico ó en el libro.

Su grande obra escrita es la titulada *Santo Tomás de Aquino*, que todos conocéis. Discípulo predilecto del virtuosísimo padre dominico y gran tomista Fr. Zeferino González, el nuevo Académico emprendió con ardiente entusiasmo, luego que hubo terminado la carrera de Leyes, un estudio perseverante y concienzudo, como ya se hacen pocos en este siglo, de todas las obras del soberano teólogo y filósofo apellidado universalmente *El Ángel de las Escuelas*. De aquellas laudables vigili-
as, á que el Sr. Pidal dedicó sus

más floridos años, fué sazonado fruto el libro de que os hablo. No me creo yo con autoridad bastante para hacer su panegírico, aunque mi educación fuera también escolástica y mi carrera literaria la Teología: háganlo respetabilísimos maestros.—Hágalo primeramente el propio Padre Zeferino, hoy Arzobispo de Sevilla, quien, en su monumental *Historia de la Filosofía*, llama al Sr. Pidal y Mon «ilustre biógrafo y elocuente apologista de Santo Tomás de Aquino, y gloria á la vez del Catolicismo y de la tribuna española;» añadiendo que su libro es «recomendable como pocos por su estilo grandilocuente, acaso con algún exceso (leo palabras textuales), y por el resumen y crítica de la doctrina de Santo Tomás que contiene, por su profundo sentido cristiano y por su vasta y escogida erudición.»—Oigamos también al célebre escritor italiano Salvatore Tálamo, profesor de la Academia histórico-jurídica instituída en el Vaticano por el sapientísimo y prudentísimo León XIII, y uno de los que más han ayudado y ayudan á Su Santidad en la gran edición de las *Obras de Santo Tomás de Aquino*....—«Otro monumento (dijo al aparecer el libro del Sr. Pidal y Mon) es este que surge para honrar la memoria del Angélico Maestro... En ninguno como en él está esculpida con toda su grandeza, y casi diremos en la totalidad de sus aspectos, la majestuosa y colosal figura del sumo Doctor. Ninguno como él representa á Santo Tomás en la ciencia y en la historia.... Por ardua y difícil que fuese la empresa, la ha conducido y cumplido con perfección.... Al mérito del fondo, une este libro un modo de decir opulento, elevado, copioso y profundamente sentido, que revela en el autor viveza de fantasía,

»splendor de elocuencia y bondad de ánimo y de entendimiento.»—Recordemos, en fin, las nobles alabanzas que de esta misma obra hizo, con largueza que no habrá olvidado el Sr. Pidal, un periódico español tan ilustrado y competente como *El Siglo Futuro*.—«El autor de *Santo Tomás de Aquino* (dijo entre otras cosas) es D. Alejandro Pidal y Mon, á quien ya conocen todos los católicos de España por los frutos literarios de sus raros talentos, cultivados con exquisita diligencia y espléndidamente ilustrados por los rayos de la fe....» «Para realizar su grandioso designio, el Sr. Pidal ha reunido gran copia de erudición y saber, ha consultado cuanto podía ayudarle en su empresa, contando singularmente con los beneméritos religiosos del Orden dominicano, entre quienes descuella el Rdo. P. Zefirino González, amigo del autor....» «Júntese á esto una razón noble y fecunda, un fondo de piedad tan tierna que desde el principio de la obra se exhala suavemente...., una adhesión firmísima á Santo Tomás de Aquino, que raya en vivo entusiasmo, y los demás dones y talentos recibidos copiosamente del cielo por el docto panegirista....»

Aquí hago punto respecto del escritor, y paso á tratar del orador.—Pero ¿qué diré yo que no sepan todos? ¿Qué diré que no sepan cuantos puedan leer mis mayores celebraciones? ¿Quién no recuerda sus grandes triunfos en la tribuna desde que apenas había llegado á la edad viril? ¿Quién ignora la extraordinaria resonancia que tienen sus valientes y bien sentidas oraciones, no sólo en nuestra Península, sino en toda nación católica, en altísimos solios, en encumbradas y poderosas inteligencias?—Abundante y briosa palabra, erudición é instrucción nada comunes, valor tribuni-

cio, autoridad de *vir bonus*, conmovedores arranques de sincera pasión y todos los esplendores de la poesía, lo han alzado á figurar entre los primeros en esta tierra de los eminentes oradores, pudiendo asegurarse, por tanto, que el imperio instintivo, natural, ingénito, que ejerció siempre sobre la lengua patria, y que progresivamente han ido fortaleciendo el estudio y la reflexión, harán que éste, como otros príncipes de la elocuencia española, sea utilísimo á los fines de nuestro instituto. Que la propiedad y acierto en el empleo de las palabras es también caso de inspiración y numen, y los verdaderos oradores, lo mismo que los verdaderos poetas, nacen con el privilegio de encontrárselo todo dicho, por no sé qué especie de humanidades infusas.... Sabios muy respetables andan por el mundo que pasarían muchas noches en vela para hallar los calificativos felices, los verbos adecuados, los giros castizos y las construcciones gallardas, que de pronto se les ocurren á estos capitalistas natos del buen decir, á quienes tanto deben gramáticas, retóricas y diccionarios.

Pero todavía no he hecho mérito de la cualidad sobresaliente del Sr. Pidal, considerado en sus discursos, en sus escritos y también en su persona.... Me refiero á la índole y grado de la fe religiosa, ó, por mejor decir, taxativamente católica, que le sirve de musa en cuanto piensa, escribe, dice ó hace.... Y aquí debo observar que, en mi concepto, dentro de toda Religión hay que distinguir tres clases de apóstoles ó propagandistas: los *naturales*, los *aleccionados* y los *filántropos*.—Son *naturales* los que nacieron y se criaron creyendo, v. gr., en Jesús, y nunca han vacilado en su fe; como (por ejemplo) Santo Tomás y Fray

Luís de Granada : son *aleccionados* los que, después de haber profesado otras creencias, entran, real y efectivamente (como, por ejemplo, San Agustín y San Pablo) en determinada comunión, bajo el glorioso título de *convertidos*; y no son, en fin, sino *filántropos* los que, no profesando, á pesar suyo, en lo interior de su conciencia, ninguna religión positiva, consideran que alguna de las existentes puede, por su moral y por su prestigio (ellos lo creen mero prestigio), ser útil, saludable y consoladora á aquellos á quienes aman, á su propia familia, al prójimo, á la patria, á la sociedad....

De este último linaje de propagandistas, que pudiéramos llamar confesores y practicantes externos, ó por cuenta ajena, no hay para qué hablar ahora.—Advertiré, sin embargo, que juzgo hasta beneméritos y heroicos á los que recomiendan consoladoras y moralizadoras creencias que ellos no tienen, si los comparo con los que se afanan por arrebatárselas al que las tiené. Creo yo que la mayor peste del mundo, en la crisis que hoy corre la sociedad, es la manía de ciertos mozos que, por haber leído en algún libro alemán, traducido al francés, el descubrimiento de que no hay Dios en la tierra ni en los cielos (como si á enterarse de esto alcanzaran los microscopios y telescopios de Alemania y Francia), andan por esas calles, parándonos á los viejos y semi-viejos, á fin de espetarnos tan mala noticia....—¡Y si sólo nos la dieran á nosotros!.... Pero se la dan también á los que pueden creerla á puño cerrado : se la dan á los niños; se la dan á los pobres, pobres al par de discernimiento y de prudencia; se la dan.... (bien que esto con menos fruto) á buenas y santas mujeres, que se echan á llorar á la

sola suposición de que sus hijos no tengan en el cielo un eterno padre!....—Y lo más ridículo de todo es que estos voluntarios de la impiedad, apóstoles imberbes del ateísmo, ejercen en definitiva un oficio muy anticuado y grotesco; oficio que ya desempeñaron, antes de que nacióramos los que hoy peinamos canas, una porción de filosofastros del corte de Volney y de Pigault Lebrun, cuyos librejos racionalistas se apolillan hace diez lustros en prenderías, baratillos y ferias, sin hallar quien los compre ni los prohíba; oficio, en suma, que revela en sus maestros y aprendices tan mala educación como pésimo gusto, y tanta sandez como feroces entrañas.... Porque ¡Dios mío y Dios de ellos!, aunque esos desgraciados estuvieran ciertos de lo que dicen, ¿qué especie de placer de aguafiestas ó de aficionados á verdugo encuentran en ir arrancando esperanzas y consuelos á los que aguardan otra vida mejor, y en no dejarles para los días de tribulación y angustia más asidero que la pistola del suicida?

Pero volvamos al Sr. Pidal, omitiendo lo mucho que podríamos decir y las subdivisiones psicológicas que podríamos hacer respecto de los creyentes *aleccionados*, respetabilísima clase muy extendida, desde hace treinta ó cuarenta años, por las naciones latinas de Europa, con el equívoco nombre de neo-católicos.

No es el Sr. Pidal creyente *aleccionado* ó converso, como Chateaubriand; ni propagandista meramente *filántropo* ó político, como la mayoría de los que militan en partidos medios: es creyente *natural* ó nativo; nació y se crió católico, apostólico, romano; lo es con toda la fogosidad de su alma, y no le inquietan, entristecen ni abaten recuerdos de

pasadas dudas. Si en algo se diferencia del *cristiano viejo* á la antigua española, es en no tener nada de regalista; en ser declaradamente ultramontano. Muéstrase en esto, como en todo, discípulo de Santo Tomás, cuya doctrina política, asaz ecléctica en cuanto á las formas de gobierno, venía á ser en sustancia que *más vale servir á Dios que á los hombres*. En resumen: el Sr. Pidal no es, ni ha sido, ni creo que habrá de ser nunca, otra cosa que católico: su religiosidad raya en absoluta, y, para calificarlo exactamente, habría que llamarle *teocrático*, esto es, partidario del gobierno de Dios.—De aquí la irresistible unción de su palabra cuando defiende (y es su tarea constante) dogmas, tradiciones, actos, derechos ó intereses de la Iglesia romana; de aquí su autoridad en tales controversias; de aquí la inspirada elocuencia de su estilo; de aquí la fuerza de sus conmovedoras expresiones; de aquí el arrebatado discurso que acabáis de oír, y de aquí también lo muy útiles que sus conocimientos en ciencias teológicas y literatura mística serán á esta Real Academia, á cuyas juntas no asiste ahora ningún eclesiástico.... Fuera de lo cual, el nuevo cofrade, versado igualmente, por mera erudición, en el tecnicismo de las modernas é innumerables escuelas filosóficas, podrá, en caso necesario, discutir dentro del correspondiente dialecto de secta, el genuino y propio sentido de tal ó cuál voz, ya generalizada en las aulas de ahora, que nos traigan y recomienden adalides de la izquierda científica, á quienes, dicho sea de paso, ya hemos demostrado, en votaciones recientes, que la Academia no tiene cerradas sus puertas para nadie que sepa (y es mucho saber) Analogía, Sintáxis, Prosodia y Ortografía, sin curarse de las ideas que allá profese

cada cuál en materias ó asignaturas de Segunda ó de Superior Enseñanza....

Sentiré que la molestia que os ocasiono esté ya para llegar al *maximum*, pues todavía tengo que deciros, en cumplimiento de mi obligación, las anunciadas cuatro palabras acerca del acontecimiento del día, ó sea respecto del discurso del Sr. Pidal....—Otorgadme, pues, una próroga de paciencia.

Naturalísimo y apropiado á las circunstancias del caso era que el discurso de entrada del tribuno católico en este taller de las palabras versase sobre la Elocuencia, y especialmente sobre la oratoria sagrada, y que, entre todos los campeones del púlpito, se fijase en aquel que fué á un mismo tiempo dechado de predicadores y modelo de escritores ó hablistas; en aquel que, por la pureza y gallardía con que manejó el patrio idioma, está siendo para la Academia, desde la fecha de su primer Diccionario hasta hoy que prepara la duodécima edición, una de las más respetadas autoridades.

De grandiosa, como expresé al principio, debe calificarse la obra con que el nuevo individuo de esta Corporación ha desempeñado su tarea, justificando plenísimamente nuestros votos. Pocas veces han resonado aquí frases tan expresivas, imágenes tan bellas, períodos tan abundantes y sonoros, razonamientos tan elevados y bien sostenidos como los que han brotado de labios del Sr. Pidal, ora describiese la Elocuencia, mucho más con su ejemplo que con abstractas definiciones; ora superase y acallara todas las voces de la naturaleza al enunciarlas en asombrosa poética pintura; ya

dijese las excelencias de la palabra humana , «cetro extendido sobre todas las criaturas del universo,» ya contase los triunfos y blasones de la oratoria....—Por cierto que en esta parte de su discurso, hablando del concepto de la *belleza*, ha citado opiniones autorizadísimas que no son para olvidadas, hoy que tanto daño se está haciendo á las costumbres y á la literatura por los que pretenden que pueden ser bellas (y hasta recomiendan como las mejores y más artísticas) aquellas obras que no tengan ningún carácter docente ni moral. Nos ha recordado, por ejemplo, que la belleza, para Platón, era «*el esplendor de lo verdadero*;» que, para San Agustín, la hermosura era «*el esplendor del orden*;» que, según San Buenaventura y Santo Tomás, «es condición precisa de la belleza concentrar lo vario en lo uno,» y que, en opinión de Kant y Hegel, «la mayor perfección de esta belleza es ostentar lo infinito en lo finito;» y de todo ello, y de palabras magistrales de Cicerón y de Aristóteles, ha deducido el Sr. Pidal, no sólo que la Elocuencia puede definirse como «el arte de manifestar por la palabra la *belleza de la verdad*, para que la voluntad la quiera como su »BIEN,» sino que, según los mismos preceptos estéticos, «no »puede haber belleza superior á la que irradian las verdades »eternas.»—Menos, mucho menos que eso, dije yo aquí antes de ser quemado en efígie con mi querido amigo el señor Nocedal, ó sea antes de ser sacados en graciosa caricatura, ambos con hábito religioso, sin duda para nuestra mayor ignominia.... Habíame reducido yo, al tomar posesión de mi cargo de Académico, á decir, no que lo bueno, sólo por ser bueno, pudiera ser bello artísticamente, sino que no podía ser bello artísticamente lo que causase repugnancia y

asco á nuestra alma....—Agradezco, pues, al Sr. Pidal, y también á ciertos modernos escritores franceses, la justificación que han hecho de mis opiniones, el uno autorizándolas con su dictamen y con tan importantes citas, y los otros comprobándolas *ad absurdum*; quiero decir, apestando y sublevando á todas las personas de buen gusto y buenas costumbres con obras realistas ó naturalistas en que anda la verdad á la greña con la belleza, ó la belleza divorciada de la bondad. ¡Escriban otra media docena de libros estos realistas y naturalistas franceses, y habrán enterrado en su propio fango esa triste escuela que yo apellidaré, no precisamente la *mano negra*, pero sí la *mano sucia* literaria!

Encamina, al fin, su discurso el Sr. Pidal (y es el punto en que yo me atrevo á ponerme á su lado, para acompañarle en terreno tan llano, fértil y florido) á decir los timbres y méritos de Fr. Luís de Granada, ¡del Fr. Luís de mi tierra!....—No con osados vuelos á las excelsitudes de la crítica, pues para ello me faltan las alas de águila de mi buen amigo y los ímpetus de su elocuencia, sino moviendo mi pesado cálamo por las asperezas de humilde prosa, diré lo que allí, en aquella encantadora ciudad que vió nacer al llamado «Séneca de nuestras cátedras, Crisóstomo de nuestros púlpitos y Tulio de nuestra oratoria,» se sabe, ó se recuerda, por tradición, y con entusiasmo y amor perpetuos, acerca de su vida, de su carácter, de sus virtudes, de sus predicaciones....

Recuérdase allí que su verdadero apellido, ó más bien el que su padre había tomado del pueblo de Galicia en que nació, era Sarria; recuérdase que en edad muy tierna per-

dió á este padre, pobre y honrado trabajador, y que su madre, único amparo que le quedó en el mundo, fué lavandera del convento de Dominicos; ufánanse los prebendados de la *Capilla Real*, donde yacen los Católicos Reyes Isabel y Fernando, refiriendo que estuvo en ella de acólito; désignase aún, en la plazuela del Realejo, el lugar en que el egregio Conde de Tendilla, primer Capitán General de Granada, á cuya conquista tanto había contribuido, lo halló batallando con otros rapazuelos, y prendóse de él y lo tomó á su servicio, al oír las discretas razones con que los disculpó á todos; se cuenta cómo bajaba luego todos los días de la Alhambra á la ciudad, acompañando á los hijos del Conde y llevándoles los libros, y cómo por el camino aprovechaba la ocasión de ir leyendo, y cómo, desde la puerta de la clase, también aprovechaba después las lecciones que daban á sus amos; refiérese de qué manera obtuvo, así que lo admitieron al noviciado en el convento de Santo Domingo, no ciertamente *limosna* para su pobre, mas venerada madre, sino el necesario permiso para compartir con ella su propia y tasada ración conventual; descríbese, en fin, todavía, por devotas mujeres, con tan vivas y pintorescas frases como si hubieran presenciado el hecho, aquella sublime escena en que Fr. Luís, hallándose en el púlpito, vió entrar en el templo á la ya muy anciana y siempre humilde lavandera, é interrumpió el sermón, y mirándola con inmensa ternura, suplicó al apretado concurso que le abriese paso, añadiendo en una especie de respetuoso éxtasis: «*¡Es mi madre!*»

De lo que el insigne Dominico era en el púlpito, nos queda la siguiente admirable pintura, debida al mejor de sus historiadores:

«Acomodábase (dice) á todos los géneros, enseñando lo que era docto y fácil igualmente. Increpando el pecado y el vicio, echaba llamas de la cara, y mostraba horror que desmayaba y asombraba á los pecadores. Hablando de los misterios y de los beneficios que nos ha hecho Dios, con vivos y naturalísimos colores los ponía presentes. Razonando del cielo y de los Santos, arrebatava los corazones y consigo los levantaba en alto. Tratándose de nuestra miseria, veíase quedar en nada.... Exhortando á la conversión, salían las palabras todas amorosas, abrasadas y penetrantes, con que se movían los más duros corazones.»

Respecto del verdadero carácter religioso de Fr. Luís de Granada, el amor preferente del Sr. Pidal á Santo Tomás de Aquino le ha llevado, no á confundir, pero sí á querer hallar parentesco de escuela entre ambos héroes de la Cristiandad. No le ha sido esto difícil, como tampoco le hubiera costado mucho trabajo emparentarlo con Santos de cualquier otro orden; porque lo cierto es que el maravilloso autor de la *Guía de Pecadores* cultivó todos los campos de la piedad, sin perder por ello su significación predominante.

Cinco son los órdenes en que, á mi juicio, podrían dividirse los grandes maestros y actores de la doctrina y devoción cristianas: los *filósofos*, que deslindan, organizan y aclaran con científicas especulaciones la esfera racional de la Religión del Crucificado, sobreponiéndola á toda otra filosofía; los *contemplativos*, que, dentro de estos límites y definiciones, discurren acerca de los atributos, procesos, gozos y ventajas del divino amor, también desde alturas especulativas; los *penitentes*, que, penetrados de este amor supremo, y desprendidos de todo afecto mundano, se dedican en de-

siertos parajes á la salvación de su propia alma, encerrados en una especie de impasibilidad estoica, para la cual no hay más dolor que el de ver crucificado á Jesús y el de considerarse indignos del precioso don de su sangre; los *predicadores*, que, en vez de consagrarse exclusivamente á procurar su salvación propia y á rezar en el desierto por la del prójimo, viven en el mundo, en el siglo, hasta en las mismas cortes de los Reyes, recordando á todos la doctrina de Cristo, dirigiendo las conciencias, apellidando siempre *paz*, y calmando las pasiones de individuos y familias y aun de pueblos enteros...., dado que no prefieran ir á morir en remotos climas propagando la luz evangélica por regiones sumidas en las tinieblas del error y la ignorancia; y, finalmente, los *caritativos*, que, enseñados y edificados por las definiciones de los filósofos, por los encomios de los contemplativos, por el denuedo de los penitentes y por las arengas de los predicadores, ponen personalmente en práctica, por medio de obras de caridad y misericordia, la dulcísima y salvadora moral de Jesús, predicando, digámoslo así, con el ejemplo, y realizando las virtudes recomendadas por todos los Santos y Doctores....

Pues bien: sin dejar de ser cierto y positivo que Fr. Luís de Granada se eleva muchas veces á las esferas filosóficas de la ciencia cristiana, no sólo como Santo Tomás, sino como los aguerridos polemistas San Agustín, San Buenaventura y Fr. Luís de León, también lo es que llega otras veces, en la metafísica pura del amor divino, á emular los vuelos, transportes y arrobos de los célebres místicos españoles Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Malón de Chaide; que, en algunos períodos de su vida, muéstrase tan peni-

tente como San Pedro Alcántara, según lo prueban sus austeridades en las Ermitas de Córdoba y en el Monasterio portugués de Pedrogaón, sus constantes flagelaciones y ayunos, y la perseverancia con que se negó á admitir la mitra y el capelo; que iguala como predicador á su propio patriarca Santo Domingo de Guzmán, y que merece, en fin, el dictado de *caritativo*, no sólo por innumerables actos personales de amor al prójimo, sino por sus vehementísimos tratados y sermones acerca de la misericordia y la limosna, los cuales contribuyeron en igual medida que los de su venerado compañero Juan de Ávila á la edificación y sublime heroísmo de aquel Hércules de la caridad, San Juan de Dios, cuyos trabajos en bien de los pobres constituyen la segunda epopeya granadina.

Pero, lo repito, ante todo y sobre todo, ya sea que hable, ya que escriba, el autor de *El Símbolo de la Fe* es, principalísimamente, discípulo de Santo Domingo de Guzmán, soldado de su valeroso ejército, predicador, misionero, cruzado activo, religioso práctico y fecundo que (según expresó uno de sus biógrafos y hoy ha repetido el Sr. Pidal) «no sólo fué santo, sino que hizo muchos santos,» de donde con justicia proclamó otro granadino ilustre, «que así como Santo Tomás de Aquino vino al mundo para alumbrar los entendimientos, Fr. Luís de Granada vino á encender las voluntades.» Y de aquí también el que el gran Papa Gregorio XIII le escribiese aquellas hermosas palabras, esculpidas luego en el sepulcro del pobre dominico: «*Más milagros has hecho con tus escritos y sermones, que si hubieras dado vista á ciegos y vida á muertos.*»

Como documento justificativo de cuanto el Sr. Pidal y

yo hemos enunciado esta tarde, y para dar de paso término á la sesión con una breve muestra del lenguaje castizo, bien ordenado, claro y enérgico del gran hablista, séame lícito haceros oír una vez más, pues siempre os parecerán igualmente bellas, algunas de las inmortales máximas que escribió este eficacísimo maestro de proezas como las de San Juan de Dios y D. Miguel de Mañara acerca de los pobres, de la caridad, de la limosna.

Pero antes.... (todo ello durará tres minutos), permitidme un arranque de patriotismo.—No sé dónde ni cuándo (pues yo tengo muy mala memoria), dijo no sé quién (indudablemente algún enemigo de nuestra patria), que el pecado opuesto á la caridad (quiero decir, la *envidia*) era el mayor y más extendido vicio de los españoles....—¡Yo lo niego!—Seremos díscolos, seremos soberbios, seremos irrespetuosos, seremos ingratos....; habremos podido decir siempre, aun tratándose de insignes patricios: «¡*Del rey abajo, ninguno!*;» habrá podido decirse de nosotros: «¡*Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta!*;» habremos degollado á don Álvaro de Luna y á D. Rodrigo Calderón, desterrado á Somodevilla, y encarcelado á Floridablanca; ¡pero no somos envidiosos! Este es achaque de pueblos ó de personas cobardes ó impotentes, ¡no de corazones varoniles y altivos, desdeñosos y pródigos hasta de su propia sangre!—Antes bien, y por desventura en ocasiones, lo que acontece en esta empecatada tierra de hidalgos perezosos y de labriegos por nadie conquistados, es precisamente que no envidiamos nada; quiero decir, que nada, ni aun lo bueno, nos parece digno de envidia; que tenemos por lema el esquivo *nihil admirari*, como nuestros deudos los moros de enfrente; que

nos encogemos de hombros ante los adelantos de otras naciones; que á nadie reverenciamos en la nuestra; que nos creemos todos iguales, sin serlo, ó que tal vez lo somos en este mismo exceso de arrogancia...., y que, unas veces con heroísmo y otras con lamentable imprudencia, contestamos á todo: «*No importa!*»—Así se explica que desacatemos tan injustamente á nuestros grandes hombres (mientras viven); que sus contemporáneos tratasen con tanta irreverencia á Colón, y que Cervantes muriese en el olvido.—¡Envidiosos los españoles!.... ¡Ah, no! Tenemos demasiada pereza para emular ni disputar glorias que implican trabajo: tenemos demasiado aborrecimiento á la paz para creer en otros laureles que en los de la guerra; carecemos, en fin, del órgano de la veneración al prójimo, y á nuestros mismos reyes hemos solido decirles: *Nosotros, que cada uno somos tanto como vos, y todos juntos valemos más que vos....*, etc. etc. etc.—Así es, que no creo que fuese de ningún español de quien se dijo aquello de que, «si iba á un bautizo, quería ser el niño; si iba á una boda, quería ser el novio, y si iba á un entierro, quería ser el muerto.»

Conque dejemos hablar á Fr. Luís de Granada, por si verdaderamente necesitamos curarnos de la envidia, ó *tristeza del bien ajeno*, ó por si nos amenaza alguna otra erupción del egoísmo.

«Ayunáis, más no de pleitos y contiendas....» (dice con Isaías): «no es, pues, ese el ayuno que me agrada, sino este: rompe las escrituras y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas que los tienen opresos....»—En otro lugar añade: «Si la virtud de la limosna se mirare con atención, bastará para andar los hombres bus-

»cando y sacando los pobres de bajo la tierra, para usar con
»ellos de misericordia....»—Comparando la caridad con la
misericordia, recuerda luego el dicho de otro doctor, de
que «la caridad es río de bondad, que no sale de madre,
»sino que corre dentro de sus riberas; mientras que la mi-
»sericordia es río que sale de madre y se extiende por toda
»la tierra,» y exclama valerosamente:—«Demás de esto, la
»caridad no hace más que comunicar sus bienes á los otros,
»mas la misericordia.... toma también sobre sí sus males.»
—«Acuérdate, hombre (había dicho ya San Agustín), no
»sólo de lo que das, sino también de lo que recibes....; pues
»si no hubiese quien recibiera de ti la limosna, no darías
»tierra y comprarías cielo....;» y, haciéndose eco de estas
»animosas palabras, Fr. Luís llama á los pobres «*banque-*
»*ros de nuestra hacienda*», y dice al rico: «Aquello sola-
»mente es tuyo que diste por tu ánima, y todo lo que aquí
»dejaste, quizás perdiste.... Dios viene á esconderse en el
»pobre.... Este es el que extiende la mano, mas Dios el que
»recibe...., y el que ha de dar el galardón.»

¡Qué ideas! ¡Qué frases! ¡Qué elocuencia, señores Aca-
démicos! ¡Hasta qué punto es aquí todo grande, como ver-
dad, como bondad y como belleza!—¡Comparad esta litera-
tura con la que hoy pretende servir de recreo y satisfacción
al género humano!—«¡Qué noble empleo del alma y de la
facultad de hablar y escribir con más elocuencia que los de-
más hombres!», me he dicho varias veces estos días al volver
á leer, ya desde las alturas de la edad, esas y otras páginas
de nuestros escritores ascéticos.—Y ¡qué negocio (añado aho-
ra) sería para el mundo, aun en el estado de guerra social en
que ya se halla, si de pronto todas las prensas del universo

se dedicasen exclusivamente á fomentar en los pobres el amor á Dios y en los ricos el amor al prójimo, y estos ricos cifraran su felicidad y su orgullo en que los pobres... no sean tan pobres que á nuestro lado se mueran de hambre!...— Volvería entonces la paz sobre la tierra.... ¡Porque todavía, todavía, la caridad y la misericordia, recomendadas por Jesús, la mansedumbre de los unos y la abnegación de los otros, fueran eficacísimo remedio de tantos males como hoy nos apenan ó asustan, así del dolor y cólera de los desvalidos, como de la ruína que amenaza á la sociedad!

¡Bien hayan, pues, los que viven dedicados á estas sagradas predicaciones, prefiriéndolas á las de una devastadora filosofía! ¡Bien hayan los que humanizan y acercan á la realidad de los tiempos venerandas instituciones, ricas de consuelos y esperanzas! ¡Y bien haya el Sr. Pidal, que tan meritorias campañas hace pidiendo espiritualismo al individuo y espiritualismo al Estado! Dijérase que, así él como el otro noble heredero de los talentos y virtudes de su egregio padre, tiene siempre á la vista las últimas palabras que éste escribió, con temblorosa mano, por vía de testamento político:—«Uno de los caracteres de la época actual es la falta de creencias generales.... El examen individual nunca llega á tener el número suficiente de secuaces para convertir en hechos su sistema : las creencias, en cambio, reúnen en torno suyo la infinidad de sus adeptos, la energía de sus voluntades.... Todas las grandes empresas de los españoles que hoy, sus degenerados nietos, apenas comprendemos, se deben á las creencias que entonces hacían convergentes los esfuerzos y compacta la acción social. Véase, si no, cómo en los partidos extremos, en que

»hay todavía algunas creencias generales, se hacen grandes cosas con pequeñísimos medios, al paso que en el partido »pensador, con grandes medios, no se produce nada que no »sea mezquino....»—Dicho esto, que parece una confesión *in articulo mortis*, donde el noble anciano se acusa del pecado político de contemporización ó ineficacia voluntaria, en que aún permanecemos muchos torpemente, concluye con estas formidables expresiones :—«Nada hay ya estable, »ni los principios de la Religión, ni los de la política, ni los »de la moral: ¡triste situación, que hace casi precisa la »continua intervención de la fuerza material, precisamente »cuando han ido más lejos los adelantos morales é intelectuales del género humano!»

Pero, al llegar aquí, la conciencia me tira del hábito, y me dice :—«Señor.... ¡la hora!»—Pues he concluído; con tanta mayor razón, cuanto que ya no me quedaban más perlas ajenas con que seguir engalanando este que no llamaré discurso.
